

Emilio Herrera Muñoz

Otras publicaciones

A lo largo de su vida Emilio Herrera Muñoz edito algunas publicaciones, varias de ellas recopilaban material publicado en sus columnas y otras fueron ejercicios específicos para la publicación específica.

En esta sección te presentamos publicaciones como: Séptimo día, Vuelto a Nacer, La Pobre Fea, Las Tareas del Espíritu y los Españoles en la Laguna.

Emilio Herrera Muñoz

Séptimo día

*“No comprendo ya esa muchedumbre
de los trenes de suburbio; esos hombres que
se creen hombres y que están, sin embargo,
reducidos por una presión que no sienten, como las hormigas,
a los usos que les han fijado.
¿De qué colman, cuando están libres,
sus absurdos dominguitos?”*

Antoine de Saint-Exupéry

1. No hay peor Domingo que el que no puede ser.
2. Ya lo dijo Melina Mercouri: “Nunca en Domingo”.
Con que, mira tú si los domingos serán tristes.
3. Lo cierto es que si no se llamara Domingo el Domingo, se podría llamar Despojador. Porque, ¿qué te queda en la bolsa después de que él pasa?
4. En definitiva, el Domingo es el gran catalizador de la semana. Nos deja como nuevos y él se queda como si nada.
5. Al Domingo lo echa a perder nuestra pereza. Se nos dio para el descanso, tan diverso; para hacer en él o que queramos, algo distinto cada vez; pero nuestros hábitos rutinarios lo han dejado, para siempre, en misa, botana y cine.
6. Siempre será mejor un Domingo por venir que otro que se nos escapa.
7. Todas las mañanas dominicales amanecen llenas de optimismo, como si el Domingo jamás fuera a terminarse.
8. Si los ferrocarrileros y Buffalo Bill acabaron, entre ambos, con los bisontes, el Domingo se basta y se sobra para acabar con los toros de lidia.
9. El que a buen Domingo se arrima, ¡qué bienestar le cobija!
10. Todo Domingo pasado fue mejor.

11. Domingo que ladra no muerde.
12. Ya de perdida, el Domingo es una fiesta para los ojos.
13. Antiguamente, el Domingo era el día de vestirse. Hoy es el día de desvestirse.
14. A Domingo dado no se le mira colmillo.
15. El Domingo todos los maridos tienen cara de no romper un plato.
16. Dime como pasas tu Domingo y te diré quién eres.
17. Los Domingos debieran ser la sorpresa, el reino de lo imprevisto; pero, son, al contrario, más rutinarios que el más infeliz día de la semana.
18. De veras, ya ni en la paz de los Domingos se puede creer.
19. ¡Ay, Domingo, no te rajes que es el último jalón!
20. A mal Domingo, darle prisa.
21. El Domingo no es fiesta de guardar, es fiesta de exhibir.
22. Tanto va el hombre al Domingo, hasta que lo rompe.
23. Los peores son los Domingos llenos de nostalgia y melancolía.
24. ¿Qué querrá decirse con eso de "un Domingo sí y otro no"?
¿Será que uno de ellos es de mano "caída"?
25. Más vale ser Domingo de león que cola de sábado.
26. Pa' las semanas del Jaral, los Domingos de allá mesmo.

27. Feo, feo, no hay Domingo definitivamente feo.
28. Los competidores del Domingo son los días de fiesta nacionales.
29. Lo verdaderamente mágico del Domingo es que, cuando despertamos, nos da la impresión de no ir a terminar nunca y en este engaño nos tiene desde siempre.
30. Lo mejor del Domingo es no jugarlo.
31. Lo que falta al Domingo para ser más a todo dar es una subvención.
32. Sin Domingo el amor es poco cosa.
33. Si bien los ves, todos los Domingos tienen cara de herejes.
34. Si una flor no nace un jardín, ni una golondrina un verano, tampoco un Domingo vuelve "hippie" a nadie.
35. El Domingo es un hipócrita. Todos los grandes excesos ocurren en su madrugada; se calumnia al sábado por ello y al Domingo se le trata como si no rompiera un plato.
36. El que puede diferenciar el Domingo del resto de la semana, no es pobre.
37. El Domingo es el día más alegre de la semana. Esto es así porque es el más joven; fue el último en nacer; es el Benjamín de la familia.
38. En Domingo el campo se llena de ciudadanos y la ciudad de campesinos; pero, unos y otros jamás se encuentran en el camino.
39. Si el mundo se hubiera hecho en un Domingo, se descansaría el resto de la semana.
40. El Domingo no es precisamente un premio. Si bien se mira es, más que nada, castigo.
41. ¡Si los Domingos pudieran, al menos, liberar del reloj al hombre!
42. Si se quitara del calendario el Domingo se le daría un rudo golpe al matrimonio. Nadie ha caído en la cuenta de lo casamentero que es.

43. El Domingo es el más sinvergüenza de todos los días de la semana. En sus veinticuatro horas nos quita todo lo que hemos podido salvar en los seis días anteriores, incluyendo energía.

44. Los Domingos sólo sirven para darnos cuenta de que nos falta dinero o juventud, o ambas cosas.

45. El Domingo es la arcilla de los laboriosos; con ella y en él hacen sus adobitos.

46. Todo cabe en un Domingo sabiéndolo acomodar.

47. Hasta los domingos pasan.

48. El Domingo da una idea del precio de la libertad.

49. No hay sábado sin sol, ni Domingo sin cruda.

50. ¡Maldición tremenda! ¡Que todos los días del año se te vuelvan Domingos!

51. El Domingo es el mantenido de sus hermanos.

52. El Domingo es un día con mil ventanas.

Emilio Herrera Muñoz

Vuelto a nacer

Mirajes Otoñales del 72

Carta de uno de los tres Rafaelés

Uno de estos domingos del tardío otoño que vivimos y que anuncia la proximidad del fin de año, ¡ay! cada vez más turbulento y perturbador que el anterior, mi amigo Emilio Herrera me comunicó un secreto que por lo pronto fue una grata sorpresa, pues se trataba de agasajar a sus amigos con una pequeña (como a él le gusta, dado su pudor y reticencia en materia de publicaciones propias) edición de aguinaldo por la temporada navideña y en gesto de mayor reserva, (cosa que inexplicablemente forma también parte de su carácter) su deseo de que esa edición estuviera precedida por breves líneas de uno de los tres Rafaelés que a veces lo atormentan. La edición, por supuesto, recoge la intensa experiencia por la que acaba de pasar, y se significa intencionalmente por que sólo quiere recoger los Mirajes escritos en el mes de noviembre último y los primeros de diciembre y que se refieren al momento y sus impresiones resultantes, en que pudo reincorporarse a su vida normal, después de encontrarse por unos días en la antesala del infierno y que me perdone Emilio por este abuso de amistad, porque debiera ser a la sombra del paraíso.

Le dije desde luego a Emilio que con mucho gusto escribiría esas palabras preliminares que él deseaba, aunque en verdad para cuando me comunicó su propósito, la obra estaba ya en el punto de corrección de pruebas, o sea que era casi un golpe bajo de su parte, pues no me dejaba disponible más de ocho días para entregarle un material que debería ver la luz pública para el día 24 de diciembre, a más tardar; pero el deber de amistad y reconocimiento por la oportunidad que Emilio me brindaba de aparecer junto a su nombre en este plaquette, me animó a dar forma a palabras que más que otra cosa son un magnífico pretexto para externar nuestro júbilo por la buena fortuna de poder disfrutar de la vuelta de Emilio al círculo de sus amigos y actividades, así como de participar de la alegría que este regreso le produce y que nos es comunicada a través de estos Mirajes; pues Emilio es un escritor bien reconocido por todos nosotros desde hace muchos años y sus múltiples lectores están habituados a las excelencias de su estilo, a su riqueza conceptual, a su franca emotividad y a las veces mal frenado sentimentalismo; por lo que no es necesario enmarcarlos con adjetivos redundantes.

Estoy temeroso de que este prólogo no responda a los merecimientos de Emilio, ya que tengo que ser breve a fuerzas, a pesar de la fácil tentación de extenderme sobre un tema que me es muy grato; pues lo contrario significaría el riesgo de sobrepasar la extensión de los trabajos aquí incluidos, lo que no es propio. Sin embargo no querría poner punto final a estas palabras sin señalar la relación que eventualmente se me ocurre entre la experiencia reciente de Emilio, que lo hizo llegar hasta el peligroso extremo de tocar muy de cerca la tierra madre y aquel mito griego que nos habla de un Anteo que en lucha formidable con Hércules frenético, recuperaba sus fuerzas cada vez que a su turno le tocaba; lo que, bien mirado, pudiera ser una simbólica concurrencia con el caso de Emilio, porque su contacto con aquel elemento le permitiría tomar nuevos alimentos y reiniciar un fresco, prolongado y fecundísimo destino.

Rafael del Río.

12 de Noviembre, Domingo, de 1972.

Rafael, querido hijo: Creo – todo esto ha sido como un sueño – que hace cosa de un mes estuve tan cerca de ti como en aquellos breves días que tú estuviste con nosotros. Los médicos me retiraron de tu cercanía para volverme a la de tu madre y tus hermanos. Varios amigos entrañables han coincidido en llamar a esto “un aviso”, y en recomendarme prudencia en el futuro. Yo pienso que si Dios no quiso que nos reuniéramos todavía, será porque “algo” me falta por hacer aquí. Que tenía “algo” que hacer, aunque hasta ahora no haya aclarado exactamente qué pudo o pueda ser,

habiéndome, sí, parecido en ocasiones que esto, en otras que aquello, lo pensé, por primera vez, cuando, de milagro no me ahogué allá, en el río de La Junta, en Chihuahua, siendo yo entonces un niño de aproximadamente diez años. No sabía nadar y nadie sino la mano de Dios hecha junco o planta parecida a la que se aferraron mis dedos me saco de ahí. Desde aquella mañana veraniega muchas veces me he preguntado por qué y para qué.

Poder hacerme durante tantos años esas preguntas ha representado siempre en mi vida un acicate, una empresa que he intentado cristalizar por varios caminos vanamente, o al menos eso me ha parecido. Por otra parte, he de aclararte que, jamás he pensado que ese “algo” tenía que ser relevante, no; sencillamente, he pensado innumerables veces que se me había dejado para hacer un trabajo pequeño, oscuro, pero que, nadie sino yo podía hacer. Ahora que mis médicos afirman que, si me cuido, tengo frente a mí muchos años más por vivir, vuelvo a preguntarme intensamente: ¿por qué y para qué?

Cuando comencé a escribir esta columna – favor que jamás agradeceré bastante a Pablo C. Moreno, a Enrique Mesta y a Antonio de Juambelz, porque, con los años, se ha convertido, para mí en un deleitoso qué hacer – pensé que acaso ese fuera el trabajo mediante el cual iba a hacer ese “algo” que sólo yo podía hacer, a enderezar entuertos que nadie sino yo podía enderezar. Ahora creo que no fue éste el que hacer para y porque se me dejara. Al menos estoy un tanto desilusionado de todo lo que he hecho en este campo, y no estoy seguro de si la parte de mis sueños realizados en los otros sean suficiente para justificarme. Podría, Rafael, hijo mío, terminar esta carta como terminara William Saroyan la que dirigiera Al Único, aunque yo no tenga tantos años escribiendo: “Señor, te ruego que me perdones por contarte estas cosas en un momento en el que hay en el mundo tantas tribulaciones y tanta desvergüenza. Siento mucho lo de las tribulaciones y la desvergüenza; pero, por lo visto, no puedo hacer nada para remediarlas, a pesar de que, como tú recordarás, era lo que yo trataba de hacer cuando, hace casi cincuenta años, empecé a escribir”.

10 de Diciembre, Domingo de 1972.

Rafael: en ese estupendo libro. De la Cárcel al Poder de Emil Lengyel, que me has prestado, y que voy leyendo con avidez, encuentro que de Jomo Kenyatta de Kenia se decía: “Nunca dijo más de lo que quería decir, y hay que reconocer que esto es un arte”.

Recuerdo lo anterior con motivo de la visita que Salvador Allende acaba de hacer a nuestro país. Durante su estancia ha hablado constantemente, y ha respondido a todas las preguntas que se le han hecho, y sin embargo, en ninguna parte, ni en el Congreso, ni en Guadalajara, ni en las entrevistas ha dicho una sola palabra que no hubiera querido decir. Al menos, esa es la impresión que ha dejado, creo yo, entre todos aquellos que le vimos y oímos a través de la televisión.

Por lo demás, todo el drama de su patria, revelado más que por sus palabras por la pasión que ponía al decir las, te recuerdan los sucesos previos al reconocimiento de la independencia de Ghana, de Argelia, de Túnez y de la propia Kenia a la que, entre otras, tu libro se refiere. Se podrá estar de acuerdo o no con las ideas de Allende, pero con el hombre no puedes sino simpatizar y hacerte solidario de su honestidad. Es un tipo con “baraka”, carismático. Claramente ves en él la angustia que padece por su patria. Por ella se mantiene en trance agónico, de lucha decidida para obtener una total independencia.

Por otra parte, coincidiendo en el paisaje de la América del Sur, Perón ha olvidado que los campeones no regresan. Que la hora del “raje”, como él llamó a su salida del 55, no era entonces; que debió ser ahora. Un “raje” honroso. Poniendo oídos de mercader al canto de sus sirenas. Quedándose donde estaba, recordando que nunca segundas partes fueron buenas. Salvo raras excepciones, los grandes líderes son jóvenes desde el tiempote David o Alejandro. Ellos conmueven a las juventudes y la juventud, al fin de cuentas, a través de la historia, es la que manda.

Allende y Perón son, en el momento actual, el claroscuro de Latinoamérica.

Santiago Garza: Aunque extemporáneamente – y sálvame de ello aquello del más vale tarde que nunca – quiero unirme al coro que le felicitara por su designación como Ejecutivo del Año. Fácil

palabra de decir – y que hoy día se prodiga – esta del Ejecutivo; pero tremenda en la responsabilidad que entraña, como que ha de llenar, cumplir y castigar si viene el caso.

Palabra de uso frecuente y nuevo, pero tan vieja como la Historia. Algunos dicen que Moisés fue el primer Ejecutivo porque delegaba. Pero, Moisés se hubiera hecho bolas si Jetro, que más sabía por viejo y por pastor que por sacerdote, viéndole juzgar a su pueblo del día a la noche no le hace ver que, así, lo único que conseguirá será agotarse a sí mismo y a su pueblo. Y entonces le aconseja: No seas tonto – seguramente así le dijo- “elige entre el pueblo hombres capaces, hombres fieles e incorruptibles y ponlos al frente del pueblo como jefes de mil, jefes de ciento, jefes de cincuenta y jefes de diez. Ellos estarán a todas horas a disposición del pueblo; te presentarán a ti los asuntos más graves, pero en los asuntos de menor importancia, que decidan ellos. Así se aliviará tu carga”.

Pero, sí delegar, en lo que tanto insisten los textos de administración, fuera todo el problema del Ejecutivo verdadero, la cosa no tendría mayor chiste. El verdadero valor del Ejecutivo actual, en mi concepto, independientemente de velar por los suyos, de preocuparse por ellos con un alto grado de humanidad, está en soñar. Un ejecutivo que no sueña constantemente en el mañana, que no planea en el mañana, que no se entusiasma con el mañana, no puede llamarse Ejecutivo. Y usted, Santiago, ha venido soñando desde hace tiempo, y la ciudad ha visto, porque ello no ha sido palpable, el crecimiento de su viña, la realización, sin prisas, pero sin descanso - ¿esto lo dijo Gohete? – de sus sueños.

Su heredad va siendo el símbolo de su laboriosidad. Y Usted va siendo, en nuestra comunidad, el símbolo del modesto señorío. Reúne Usted las características del Ejecutivo Moderno de verdad, del que se preocupa por su propia empresa al mismo tiempo que por su comunidad y por la patria en la proporción de su fuerza.

Reciba, por todo esto, mi felicitación por la atinada designación de que ha sido objeto.

19 de Noviembre, Domingo, de 1972.

Alejandro Vilalta: Por la razón que tú sabes, no pude ir a tu concierto. Me han dicho, quienes fueron, que estuviste estupendo. De la misma manera, según sé, coincidieron en afirmar tus amigos catalanes -renombrados artistas, o familiares de artistas – cuando, en tu visita de este año a España, tocaste frente a ellos.

Alguna gente supone que el arte musical interpretativo es como el deporte: que se ha de ser joven para estar en posesión de todas las facultades. Aquí viene bien aquello de que el corazón no envejece. Y yo sé que tu corazón y tu espíritu están hoy tan espléndidamente jóvenes como en tu primer concierto, con el mismo aliento y con mayor experiencia de la vida, sustancia de la interpretación. No es asombroso, pues, que hayas asombrado a tu público en tu reaparición. Si, además, supieran de tu profesionalismo, del celo con que habías venido ensayando por meses, se explicarían fácilmente el que estés “en dedos”, y que hoy acometas con la misma clara brillantez de antaño las ráfagas digitativas que algunas obras españolas exigen. (Si tu público hubiera sabido que acabas de pasar un tremendo estado gripal del que aun apareciste convaleciente, se sorprendería de cómo un artista como tú es capaz de superar por el espíritu las debilidades físicas).

Me dio mucho gusto que este piano que ahora tiene nuestra ciudad para enorgullecerse de él en el futuro, lo hayas inaugurado tu. Se que solo la necesidad de reunir la cantidad necesaria para pagar impuestos y otros gastos que sobrepasaron la cantidad por ti colectada, te hicieron darlo; pero, como ya lo he dicho aquí anteriormente, ¿Quién con más méritos que tú?.

Sólo por esto, por haber dotado, casi con tu solo esfuerzo de un piano de conciertos a nuestra ciudad, debiera habésete llenado el teatro. Este concierto debiera haber sido auspiciado por las autoridades. En fin, a ti, antiguo campeón de líderes culturales, no te asombrara que no haya ocurrido así. En el futuro, quien más, quien menos, a la primera oportunidad nos llenaremos la boca hablando de que nuestra ciudad tiene un lindo piano de conciertos adquirido por suscripción pública; pero para

respaldarte ayer en tu campaña, pocos; mostrarte nuestro agradecimiento concurrendo a tu concierto, los que viste. Y que no se diga nada de precios, porque, a mayores van diez mil gentes a una plaza de toros y la llenan.

Sé que tu trabajo, en este nuevo aire que has tomado, apenas comienza, y que harás posible con tu tenacidad que nuestra comarca sea visitada anualmente por grandes artistas. Dios te guarde, Alejandro, para bien de nuestra comunidad.

Lic. José Solís Amaro: Como tantos laguneros, hoy no madrugaré para votar. No me recuerde la conciencia porque mi voto no hará falta a su triunfo, y porque, a demás, estoy seguro de ello, cambiados los papeles Usted hubiera obrado igual.

A partir de ahora tendrá muchas palabras que cumplir. Palabras que, con anterioridad, han sido dichas por muchos candidatos y han quedado, todas ellas, volando en el aire.

A mí, en carácter de contribuyente, me han disgustado siempre las enormes cantidades de dinero que se gastan en una campaña sin objeto, puesto que no hay contrincante al frente; pero, el candidato no es más que el candidato y, supongo, no puede influir mucho en cambiar el sistema; sin embargo, ¡cuántas palabras podrían ser cumplidas con sólo aplicar ese dinero a corregir alguno de los males de la periferia!

A partir de ahora, también lo supongo, su voz pesará en el ámbito oficial de nuestra comunidad. ¿Por qué no pedirle a las autoridades correspondientes que desafeen la ciudad? ¿Por qué han de quedar en esquinas y árboles todas esas cartulinas que clavaron sin ton ni son? Hágalo Usted y hará algo que la ciudadanía le agradecerá, porque siempre le ha disgustado.

Por lo demás pasado el calor de la lucha, la comunidad le respaldará. En este aspecto la comunidad es muy noble, excepción hecha de algunos vencedores, que siempre recuerdan. La Ciudad confía en Usted y en su Juventud.

3 de Diciembre, Domingo, de 1972.

Mercedes Shade: Escucho el 4º. Concierto de Paganini, más exactamente su Rondó Galante y la recuerdo a Ud. agradecido. ¡Cuántas veces nos ha deleitado con él ejecutándolo maravillosamente!

La cercanía de la Navidad me hace recordar, también, aquella tarjeta navideña llena de sabiduría que Ud. me mostrara en alguna ocasión hace tiempo. Estaba escrita en magnífico inglés. Mal traducido venía a decir:

*Toma tu tiempo para trabajar.
Éste es el precio del éxito.
Toma tu tiempo para pensar.
En él se origina el poder.
Toma tu tiempo para divertirte.
Allí esta el secreto de la perpetua juventud.
Toma tu tiempo para leer.
Allí esta la fuente de la sabiduría.
Toma tu tiempo para la amistad.
En ella esta el camino de la felicidad.
Toma tu tiempo para reír.
Ello es la música del espíritu.
Toma tu tiempo para soñar.
Ese es el camino de los grandes visionarios.
Toma tu tiempo para dar.
El día es corto sólo para los egoístas.
Toma tu tiempo para amar y ser amado.
Esto es el privilegio de los buenos.*

Cosas todas éstas, mi estimada Mercedes, que a veces estamos tan ocupados en buscar que no

tenemos tiempo para encontrar. ¿No le parece a Usted?

A Sofía F. de Landrau y a Gabriel de León afectuosamente.

*No quiero más riqueza en estos días
que este racimo de palabras puras,
recogidas, ayer, en las alturas
de mis vastas y verdes serranías.*

*No quiero riqueza en estos días
que decir amor, paz, - ¡nobles locuras! –
hermano y tolerancia, tan maduras
como la boca misma del Mesías.*

*O reciprocidad, tanto y lo mismo
como dar nuestro afecto al buen amigo
probado en infortunio, al que darías
tus propios sueños, libres de egoísmo.
Palabras puras, si como estas, digo.
No quiero más riqueza en estos días.*

Agustín Rivero: La cosa, seguramente, comenzó con mi añejo gusto por las corridas de toros. Después, como espectador de Miguel Herrero, me nació esta inclinación por el tipo de poesía que tú creas e interpretas. ¡Que iba, pues, a desperdiciar la oportunidad de verte una noche en “Gitanerías”! Conmigo llevé a todos los hijos que tenía a la mano. Y te aplaudimos hasta que las palmas se nos pusieron rojas. Compré uno de tus discos y se lo traje a mi hijo Francisco Javier, para quien – ¡mira cómo son las cosas! – has resultado un maestro. Él dice algunas cosas tuyas y, anoche, te fue a escuchar. Lo que has calado en su alma, ya lo sabes. Por acá tenías y dejas un poco de ti, herrero, juglar, poeta.

Arenillas

La circuncisión fue la primera credencial de grupo.

La cebolla estimula, pero, su olor, reprime. Aquello de “contigo pan y cebolla” no pasa de ser una confesión ingenua de ignorancia amorosa.

El amor no se hizo para el miserable; para poder amar hay que haber comido.

En los tiempos actuales Eva, con toda su desnudez estaría perdida, sería una antigualla, la faltaría “sexy”-.

Rafael es un nombre que me gusta. Tú también, lector desconocido, para mí, te llamas Rafael, aunque te hayan bautizado o dado de cualquiera otra forma el nombre de Humberto o Luis o al que respondas. Y si me extrañaste durante estas semanas de ausencia, puedes estar seguro de que más te extrañé yo. Como dos buenos y viejos amigos que vuelven a reunirse, venga... allá va un abrazo.

Rafael: En “Carta de España” el estupendo caricaturista Martín Morales publica una caricatura en la que el político mayor se dispone a iniciar su discurso. Dice: “Mi discurso va a ser muy breve. Sólo unas cuantas promesas y acabo”.

Como ves, los discursos políticos son iguales en todas latitudes.

Rafael: Yo sigo anclado. Desde mi puerto veo el sol y el paso del viento lo adivino por la estela que deja en las ramas de los árboles que se mueve a su paso. Pronto me calentaré o refrescaré con

ellos, mientras tanto, leo y escucho música. Sentarte a escuchar música es ponerte a escarbar en tu pasado. Toda música está llena de vivencias. Yo he llegado ya a mis discos más viejos. Desde luego, ahí están los de Lara que, queramos o no, representa lo mejor de nuestras vidas. Y está Curiel y esta Arcaraz y Gardel. Y el mismo Bohr y Mr. Lee. En este sacar a orear mi pasado tropiezo ahora con un disco en el que Ivonne Blanc toca magistralmente al piano "El hombre que yo amo", "Polvo de Estrellas" y "Noche Tormentosa"; y con este otro en el que los grandes del Boogie ejecutan "Boogie woogie dance", "New Orleans boogie", "Rhythm boogie" y "Chicago boogie", ¿y qué te diré de éste en el que Armstrong va diciendo "Sí", "Algún día lo sentirás", "Te dejo mi amor" y "Besos de Fuego". Para qué te sigo enumerando si sé que sólo con lo anterior habrás sentido como una puñalada al hígado. Así te dejo, pues, y que el señor te ampare.

Rafael:

*Hoy intente pescar en el estero
de mi desesperada ociosidad
al más viejo de mis recuerdos.*

*¿Será éste en el que me veo sentado
frente a un antiguo y alto ventanal
con las piernas desnudas colgado
cuando de pronto aparece un muchacho
me apunta con su mano y dice, ¡pum!,
y yo me asusto,
y al día siguiente, desde el mismo sitio,
y a la misma hora,
le veo venir y doy grandes voces a mi tía:
- Tía, tía; ahí viene el que me mató ayer...?*

*¿O será el otro
en el que veo a Mama Lola,
mi abuela,
llevándome a horcajadas en sus hombros
hasta mi cama,
que vigila, desde la cabecera,
el casto Luis Gonzaga,
y ella me acuesta, me arropa
y me persigna:
"En el nombre del padre...?"*

*No sé cuál de estos recuerdos sea más viejo
y aun no estoy seguro
de que no haya otro más viejo....*

Rafael: Estoy seguro que ya habrás recibido tu ejemplar de "Vida Universitaria" de Octubre; pero, hubo tantas semanas en la que no nos vimos que no tuvimos tiempos de comentar esto y aquello, y entre aquello la estupenda muestra de la poesía de Rosario Castellanos que el número del día 8 incluye. Por si no la hubieras recibido, quisiera transcribirte toda la página, pero ante la imposibilidad, transcribiré tan sólo – y en la primera oportunidad te mostraré toda la página, en el entendido de que habrá que conseguir el libro "Poesía no eres tú", edición Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica–.

La victoria de Samotracia

*Avanza como avanzan los felices:
ingrácida, ligera, no tanto por las alas*

cuanto porque es acéfala.

*Una cabeza es siempre algo que tiene un peso:
una estructura del cráneo que es ósea y el propósito
siempre de mantenerla erguida, alerta.
Y lo que dentro guarda.*

¿Qué genio, Rafael, inventó las ventanas? Las puertas son para cerrarse, las ventanas para abrirse. Esto es mágico. Hacen llegar el mundo a ti. Esta ventana, por ejemplo, ha sido todo mi mundo durante muchos días. Ésta y aquella otra de allá que me trae todo el encanto del jardín de mi vecino José Antonio Sánchez: sus nogales, sus naranjos y su perro.

En ésta veo a este par de chanates que buscan en el pasto húmedo algo que no encuentran y se van; veo la última rosa cuyos pétalos, hechos para el rocío, lucen cansados con el peso de la lluvia. La Jacaranda y los truenos de la calle muestran sus verdes lavados y muy lejos del color cobrizo de las hojas otoñales. Si no fuera por el frío y la falta de sol, se diría éste un paisaje primaveral. No alcanzo a ver el cielo; el arroyo está húmedo y junto a los cordones de la banqueta se distinguen pequeños charcos en los que, de vez en vez, caen goterones de las ramas de los árboles y hacen aparecer círculos que se agrandan hasta desaparecer.

Frente a mi ventana pasan los automóviles polucionando – precio de nuestra civilización-. Y este pasar de automóviles, de no sé qué marca, porque nunca han sido los automóviles algo que me entusiasma particularmente, se convierte en un divertido espectáculo. Son de diferentes colores, tamaños y formas. Los manejan hombres o mujeres, indistintamente. Unos lucen rostros graves, otros alegres, pero, todos llevan prisa, mal de la época.

Todo esto apenas si es nada, pero, por ahora, es mi mundo. Y siempre es mejor que este otro que me traen los periódicos en donde las noticias siguen siendo las mismas que hace años: la guerra, la política, la pasión desencadenada de los hombres.

Paco y Armando Martín Borque: Resulta que un día Cristóbal llegó a América y, desde entonces, el mundo llamó colonizadores a los que establecen una colonia. Los vikingos aseguran que Bjarni Herjolfsson fue el primero en echarle el ojo encima a las tierras americanas, aunque no el pie; de lo que ahora no cabe duda es de que Leif Ericsson, al construir casas en Finlandia las construyó en América. La cuestión es que no pudieron contra los indios y nadie, sino sus paisanos, se enteró del descubrimiento. Por otra parte no falta quien diga que con América se tropezaron los egipcios, quienes hicieron su viaje en barcos de papel y entre los estudiosos del Antiguo Testamento alguno dirá que una de las Doce Tribus se vino completa a América. La cuestión incontrovertible es que Colón puso a América en el mapa, aunque éste haya sido el de Américo Vesputio.

Viene esto a cuento, estimados amigos y muy traído de los pelos, porque Ustedes sin ser los descubridores del sistema que explotan (pues si alguno lo afirmara no faltaría quien, yendo más allá de Aurrerá, Gigante, Blanco o Comercial Mexicana, le nombrarían a Michael Uhler, a Frank Minsey, a Henry Krohl, a Clarence Saunders o a Mike Cullen quien, indudablemente, dio a los supermercados su fisonomía y sus principios inalterables), en este aspecto han puesto a nuestra ciudad en el mapa. Han hecho lo que muchos pensaron que sólo se podía hacer en la capital.

Como es natural ya surgen alrededor de Ustedes las leyendas: la de que si heredaron una inmensa fortuna; la de que si descubrieron un fabuloso “entierro”; la de que si lo que invierten es capital del gobierno español, de los tabacaleros desbancados o, ¡cómo iba a faltar la versión del clero! Un dicho turco afirma que “el pobre gasta su aceite contando el dinero del rico”. Y así parece suceder, porque, ¿por qué no pensar, sencillamente, en que ustedes como los Ericsson, tropezaron con una idea, pero, a diferencia de ellos y al igual que Colón, la descubrieron, la comprendieron, se dieron cuenta de su alcance? Por otra parte, su trabajo infatigable de siempre – de chamacos tras el mostrador; de adolescentes en el viaje por la sierra, ignorando si el reloj tenía o no manecillas – acompañado ahora de esa idea, no nueva ni mucho menos, probada ya muchas veces en muchas

latitudes tenía que fructificar como ha fructificado.

Comienzan a ser genios de los negocios. Creo que Edison lo dijo alguna vez: el genio está hecho de muchas horas de sudor. Yo que les conozco desde chicos, aunque no hayamos sido íntimos amigos, pues más lo fui de Cecilio, vuestro primo, sé que, en el caso de Ustedes, el trabajo tesonero y el haber comprendido una idea, explica el éxito obtenido, el que, en ocasión de inauguración de su nuevo Centro Comercial les deseo cada vez mayor.

Compadre: El día que nació mi primera nieta, mi salud, esa salud de la que siempre estuve tan orgulloso que ni atención le ponía, me jugó una mala pasada. Y entre el milagro de la vida que llegaba y lo natural y lógico, pero no aceptado de buenas a primeras, de la vida que podía irse, puse a toda mi tribu en el terrible trance de conjugar al mismo tiempo la alegría y la pena, la sonrisa y la lágrima.

Esa misma causa me impidió concurrir al examen profesional de mi hijo Emilio y he de agradecer a Paco Fernández el resto de mi vida por haber asistido, regalándome, al día siguiente, casi de madrugada, una muy completa reseña o crónica del evento que, entre paréntesis, me llenó de orgullo, no de vanidad, de orgullo. ¿Cómo pagarle esto al ahijado, al amigo?

Tú sabes, Rafael, que mi vida está llena de contrasentidos. No te sorprenderá, pues saber que abandoné el Sanatorio, es decir, volví al mundo de los vivos, el Día de Difuntos. Jamás me parecieron el sol y el cielo tan bellos y el aire tan respirable y tan hermosos los árboles y las mismas casas y calles. Se trataba de la vida que bullía por todas partes, hasta en lo estático, aunque tú no lo creas. Y no es que la muerte sea una cosa tan terrible. Tú sabes que no he guardado nada de lo que escribo, pero, por ahí debe de andar, entre mis papeles mi primer artículo publicado; se refería al dolor y a la muerte y comentaba que el hombre no temía a ésta sino a aquél. Después de tantos años y fresca mi actual experiencia que rozó a ésta sigo pensando igual. No es, pues, la muerte algo terrible, pero, Rafael, más que nunca pienso que la vida está pletórica de encantos especialísimos que van desde el pensar hasta los bellos ocasos, pasando por el paisaje de las lindas muchachas en flor, que es no pensar.

A pesar de que Elvira no se separó de mi lado y que mis hijos me daban todo el tiempo que podían, había momentos en que sentía que las paredes del cuarto me prensaban y la melancolía me hacía su presa. Leí entonces el libro de Job, del vaquetón de Job, como dice mi Licenciado Norberto Valdés. No sabes lo estimulante que es en estos casos. Después de leer unos cuantos versículos tú sientes que, verdaderamente, en tu orilla "más bella la luna brilla y se respira mejor". No, Rafael, lo que a aquel varón le pasó no le pasa a nadie. Así que, después de leerlo, te das por bien servido y te ríes de todo.

En "El Motín del Caine", que Emmita me enviara y Elvira me leyera, tropezamos esta cita del Eclesiastés, Capítulo IX, versículo X: "Todo lo que tengas que hacer hazlo con todas las fuerzas, porque en el sepulcro adonde inexorablemente has de ir no hay obra ni industria ni ciencia". Creo que así lo he hecho siempre en todo, menos en una cosa: en el amor a la vida. Por eso, quizá, no le prestaba atención a la salud de la que tan orgulloso estaba. Ahora también a ella, la amaré con todas mis fuerzas durante los años que tenga por delante y si tú crees en la quiromancia, he de decirte que en mi mano la línea de la vida sufre una interrupción como a sus dos tercios para seguir luego gruesa y firme. Me queda, pues, Dios mediante, un tercio de vida por delante para amarla hasta el delirio.

Emilio Herrera Muñoz

La pobre fea

Ana María, hermana de Clementina y la más hermosa virgen de la hacienda "Peña Blanca", celebraba sus nupcias con el hijo del patrón.

El gran patio de la casa grande lleno estaba de alegría; las risas de los gañanes y las campesinas inundaban la estancia toda; en el índigo del cielo destacábase, como un símbolo heráldico del amor, la luna inmaculada; los murmullos del bosque dejábanse oír, levándose en el espacio, como notas de un canto epitalámico.

El afortunado desposado danzaba orgulloso, al compás de una música cuyas notas se dirían hechas de ensueños, con su amada, a quien los labriegos dirigían miradas codiciosas.

La delicadeza de una rama flexible era su esbeltez, la suave caricia arrobadora de una madre era su rostro.

En toda aquella alegría bordada de esperanza sólo la pobre fea, Clementina, permanecía triste, inconmensurablemente triste; dos lágrimas, como gonfalones utópicos en derrota, resbalaron por sus mejillas picadas de viruela y, silenciosamente, inclinada la frente por su tristeza y el cuerpo por su joroba, alejóse de aquel reino de la felicidad.

Y recordó que aquella misma mañana, feliz porque su hermana iba a contraer matrimonio, fue a bañarse al río que pasaba por el bosque; por el camino soñaba en galanes corteses que le imploraban de rodillas una sonrisa.

Una vez llegada al río, embellecido con nenúfares y jacintos aún húmedos de rocío que crecían en sus orillas, quitóse las ropas y sumergióse en las ondas doradas por los primeros haces de rayos de Febo.

De súbito las garzas huyeron, enmudecieron las aves, y la pobre fea miróse en las cristalinas aguas y asustóse a sí misma. Sabiéndose fea nunca se lo había parecido tanto como esa mañana.

De su corazón apoderóse una congoja inexpresable y, horrorizada e implorante exclamó: "¡Oh, garzas, venid a jugar conmigo! ¿Por qué huís de mí?"

Y cuando murió su propio eco un silencio impenetrable y enloquecedor se adueñó del vasto paisaje bordado en tonos dorados, y una amargura infinita se enseñoreó del corazón de la pobre fea.

Y retornó a su hogar llevando en su alma juvenil las espinas de su destino miserable y enigmático, como una diosa viviente del infortunio.

Encerróse en su alcoba negándose a salir durante todo el día. Por las rendijas de su ventana vio pasar la "calandria" engalanada de los novios, la comitiva y oyó los cantos nupciales, todas esas fiestas que nunca tendrían lugar para ella.

Mientras todos estos recuerdos eran dueños de su mente, iba hipnotizada recorriendo el camino que llevaba a "Peña Blanca", un lugar pantanoso del río adornado en una de sus orillas con una gran peña de blancura de nieve y a las cual debía su nombre.

Por fin, llegó. Iba vestida toda de blanco, y sobre la gran peña, con los brazos abiertos, era todo un poema de relieves heterotéticos y heráticos.

Y la pobre fea, abiertos sus brazos anhelantes, se arrojó al pantano en busca de los brazos descarnados, pero acogedores de la muerte, con quien iba a desposarse.

Al caer el cuerpo subió, salpicando las alburas de la piedra, un grueso chorro de fango.

Una estrella más brilló en el cielo y todas las otras parecían hacerle un cortejo.

Las ranas seguían en su croar.

El bosque seguía en su bucólica inmarcesible.

6 de Junio de 1937

El Destino

La acción se desarrolla en el Tártaro. Decorado: el que la fecunda fantasía del lector le sugiera. Sentados en sendos taburetes sáxeos se encontraban hablando de cosas que no vienen al caso Plutón, Carón y el Can Cerbero. De súbito aparece la figura esquelética de la Parca Átropos.

ATROPOS- Hello, boy's.

TODOS A UNA- ¡Hola!

PLUTÓN- Siéntate, nena (al oír este calificativo, Atropos se pasa la mano derecha, en un además muy retecoqueto, por entre sus cabellos enulados de no peinarlos y entrecierra los ojos en una suprema laxitud); precisamente estábamos haciendo muy buenos recuerdos de ti.

ATROPOS- ¡Cuidado! Estoy seguro de que no me llamarías así si se encontrara entre nosotros Proserpina, ¿verdad?

PLUTÓN - ¡Oh!; por favor no me recuerdes cosas desagradables.

EL CAN CERBERO- (Dirigiendo cada una de sus tres cabezas a diferente deidad)- ¡Guau, guau, guau!-que, traducido literalmente, quiere decir; "Al grano, señores, al grano".

ATROPOS (dirigiendo, a su vez, una mirada de desprecio al Can Cerbero)- Ay, a ti nunca se te quitará lo insociable, ¡caramba! (dirigiéndose a Plutón): y, ¿de qué hablaban ustedes?

PLUTÓN - ¡Bah!, de lo que habla todo mundo estando reunido; un tizeretazo aquí y otra más allá. ¡En alguna forma tiene uno que matar el tiempo, nena!

ATROPOS- ¡Oh!, sí, sí; ya conozco vuestras tijeras. Ante ellas hasta las mías, con todo y ser cegadoras de vidas, se quitan, respetuosamente, el sombrero.

CARON (saliendo de su mutismo y dirigiéndose a Atropos)- Y, bien, ¿qué es lo que te traes entre manos? Porque no creo que nada más por guapos nos hayas hecho esta visita, ¿o sí?

PLUTÓN (dándose cuenta de la verdad asentada por el barquero) - ¡Exacto! ¿Qué es lo que te mueve a visitarnos?

ATROPOS- ¡Niños!, poco a poco. Verdad es que esta vez me mueven asuntos de más importancia que admirar vuestras caras de niños bonitos. (Para sí: Júpiter me perdone la mentira piadosa) y os lo voy a exponer brevemente.

EL CAN CERBERO- ¡Guau, guau, guau! (traducción: "Habla, pues, camarada"

ATROPOS (después de afinar su bien modulada voz, tosiendo de una manera simpática) -Pues verán ustedes, he estado recapacitando (dirige una mirada inquisitiva a todos los presentes, para ver si alguien duda de su capacidad meditativa) sobre la crisis por que atraviesan nuestros respectivos dominios y creo haberle encontrado solución adecuada...

PLUTÓN (emocionado hasta decir basta)- ¡Te felicito, Atropos! Eres un talento. ¿Qué digo, talento? ¡Talentazo! Porque ya era tiempo que alguien le encontrara solución a la crisis reinante, pues ya me estaba cansando de ver siempre a estos necios (dirige una mirada a Ixión, quien, como de costumbre, estaba atado a la rueda inflamada, que giraba sin cesar; a Sísifo, que continuaba rodando su peñasco; a Tántalo, padeciendo hambre y se, con manjares y bebidas al alcance sólo de sus ojos y a

las Danaides tratando de llenar su tonel sin fondo).

EL CAN CERBERO- ¡Guau, guau, guau! (traducción: "Ahora me fijo que yo tampoco tengo a quien darle una tarascada en salva la parte").

PLUTÓN-Bien, bien; dejémonos de lamentaciones y que Atropos nos diga cuál es la solución de esta crisis "endemoniada".

ATROPOS- La solución, querido Plutón, es muy fácil. No hay que hacer sino ir a donde tu hermano Júpiter y pedirle desencadene alguna epidemia en la tierra, y... ya verás, ya verás...

PLUTÓN (rascándose con el dedo índice de la mano derecha, lo que él decía que era su pensadora)- Mmmm...

ATROPOS- No lo pienses más, hombre; hazlo, aunque sólo sea para demostrarles a los humanos lo que es el infierno tuyo, porque, ¡no creas, allá, en la tierra, se rumora que de tu infierno al de Stalin hay que tomar el tranvía!

PLUTÓN (convencido y furioso al saber de un rival)-¡Ajajá!, ¿con que esas tenemos, no? Bien, vamos a donde mi hermano "Jupi".

TODOS A UNA (respetuosamente)- ¡Vamos a ver a don Júpiter!

EL OLIMPO (Os hago la gracia del decorado; sólo quiero haceros notar que, al llegar nuestros conocidos, Júpiter estaba acicalándose frente a un tocador de líneas modernistas).

JUPITER (malhumorado)-A ver si me dicen pronto a lo que vienen, porque tengo mucha prisa.

PLUTÓN (alto tímido ante la actitud de su querido hermano "Jupi")-Pues, verás (traga saliva), sólo quería rogarte que concedieras permiso a Atropos para que dé una pequeña barridita de míseros mortales; Carón se haga de plata, el Can Cerbero tenga dónde largar sus dentelladas, a fin de quitarse esa cara de perro famélico y mi esposa Proserpina tu querida hija, tenga diversiones con caras nuevas y bastantes durante su anual visita a mis dominios...

JUPITER- ¡Eso era antes, viejo! y, además, no quiero molestias, estoy muy ocupado en una nueva conquista (Esfumándose). ¡Abur!

EL CAN CERBERO- ¡Guau, guau, guau! (Traducción: "Lo que se ha de pelar, que se vaya remojando!; vayamos a ver al Destino).

TODOS A UNA- ¡Vamos, vamos!

CARÓN (jadeante)- ¡Ya era tiempo que lo encontrásemos; mírenlo! Ahí se divisa, impassible, como siempre.

EL CAN CERBERO- -¡Guau, guau, guau! (Traducción: ¡Vaya, vaya! ¿Qué querrá este Destino, "ruido silencio o ruido torteado"?)

ATROPOS (Dándole un manazo)- ¡Cállate, inmundo can callejero...!

EL CAN CERBERO (escamado)- ¡Guau, guau, guau! (Traducción: "Pero, ¿no ves que tiene una venda en los ojos? ¿No crees que trate de invitarnos a jugar a la gallinita ciega"?)

PLUTÓN (dirigiéndose, con voz ahogada, al Destino)- Señor Destino... este... yo... nosotros...

En ese instante, y antes que Plutón dijese más palabras que, después de todo, no iban a ser oídas, pues el Destino ni oye ni ve, éste pasaba una hoja más de su libro de bronceos folios.

Y Etiopia e Italia se liaron a guamazos...

Atropos tenía ya dónde saciar su perverso instinto; Carón pudo comprar un bote de motor; Can Cerbero tiene ya dónde ejercitar sus mandíbulas, y Plutón tiene ya material combustible con qué

ofrecer nuevas diversiones a Proserpina durante su estancia en su reino...

Y ardió España...

Y el dedo del Destino señala otro renglón más de los escritos en aquella hoja de bronce flamígero...

Y China y Japón traspasan los umbrales de la hoguera...

¡Y Cloto sigue formando hilo en la rueca y Laquesis sigue arrollándolo al huso...!

Agosto de 1937

La Última Romántica

En el coquetón apartamento de Virginia, las paredes lucían profusamente los retratos de las "estrellas" masculinas más destacadas del cielo fílmico. En el tocador de líneas modernistas y enmarcado en un artístico porta-retrato, Tyrone Power lucía su sonrisa donjuanesca, como si demostrara en esa forma su agrado al presidir las sesiones de belleza de la hermosa cortesana.

Por la demás Virginia, con su bella cara ticianezca y sus manos de duquesa, era una fugaz amante silenciosa. Cuando se entregaba diríase que su alma se confundía con el rayo lunar que, osado, penetraba por la ventana, y con él se iba, en pos del príncipe azul de sus sueños infantiles.

Aquel oficiar silencioso que a muchas abrumaba solía ejercer, en ocasiones, un cierto encanto sobre mí. Repetidas veces, recostada la cabeza sobre uno de sus brazos admirables me dejé llevar a las regiones donde impera aquel hijo de Morfeo que responde al nombre de Fantasía.

Hoy he recibido la lúgubre noticia: ¡Virginia ha muerto!

Encontraron su cuerpo estatuario, tan bello que diríase un mármol de Praxiteles, desnudo, las manos cruzadas tras la nuca, en aparente espera; el lecho y el piso todo cubiertos de tuberosas: la flor símbolo de la voluptuosidad, la bella flor cuya hermosura seduce, pero cuyo aroma embriagador mata sin se le aspira por mucho tiempo.

Las fotografías sonrientes de los galanes del séptimo arte fueron únicas testigos del suicidio de Virginia, la joven y la Bella pecadora de la cara ticianezca y las manos de duquesa...

Septiembre de 1938

Himeneo

Como tiempo es lo que por ahora me sobra, voy a matarlo tratando de divertiros y, para el efecto, os relataré un cuento: el del matrimonio.

Como vosotros sabéis, en la época gentil, Venus, gracias a la novedad de su corsé –a tal cosa se reducía su cacareado ceñidor- y a su casamiento con Vulcano, era considerada como diosa de la belleza y de los goces que las misma proporciona. Las malas lenguas, que en ningún tiempo han faltado, aseguraban que tal cargo lo había pagado en especie a Júpiter.

Tan pronto como el cargo le fue conferido, quiso aparecer digna de él. Abrió una oficina en el centro mismo del Olimpo donde, por sus procederes, de los goces que la belleza proporciona, más que digna, fue dignísima. Si lo sería... que entre los títulos de Venus existe el de "Pandemos", palabra griega cuyo significado es: "la de todos".

Excuso decir que el trabajo se le aglomeró de tal manera a al pobrecilla (¡Rica!) que se vio imposibilidad de cumplir debidamente con todas las funciones inherentes a su cargo. Tal cosa le contrariaba sobre manera. Lo de menos era nombrar representantes; pero a lo mejor alguno le daba un "cuartelazo" y la dejaba en la inopia. La división del trabajo era magnífica idea, más necesitaba ayudantes de lealtad significada.

Ni corta ni perezosa se dio a la tarea de agenciarse los leales paladines de su causa -como que

fueron sus propios hijos- y, así, vamos por un lado a Cupido que representó el amor libre y a Príapo que simboliza el libertinaje.

Vosotros me diréis -¿os adivino el pensamiento!-, ¿qué tiene que ver todo este enredo mitológicos con el matrimonio? Bueno, veréis:

La mala costumbre del matrimonio había hecho adeptos entre los gentiles bajo el lema de: "Una para él y él para una". En ese estado de cosas las esposas únicas de aquellos tiempos levantaron la voz disgustadas, haciendo notar que el amor libre, el libertinaje y el muy noble deber conyugal estaban representados por los mismos dioses, cosa que, con apego a la moral y a las buenas costumbres, no debía ser.

Venus se informó de la protesta, dirigió a las exaltadas una mirada de olímpico desdén y, como para ella no era problema de mayores alcances agenciarse otro representante, dio a luz -¿de quién?; del primero que pasó por la avenida- a Himeneo, para dios del matrimonio.

Y así quedó arreglado el asunto. Cosa peliaguda para nosotros los pobrecitos hombres porque, como Cupido y Príapo quedaban relegados al oscuro rincón de lo inmortal, para poder tener cerca de uno a la reina de sus sueños tenía que pasar, quieras que no, por el matrimonio, sacrificando todas sus ideas de libertad y lo que es más, corriendo el riesgo de amanecer cualquier mañana con la testa bien coronada, pues, contra las veleidades de las mujeres, sobre todo cuando se sienten encadenadas por la vida, no hay dios que ponga la luz roja.

Y así, bajo el reinado de Himeneo, sufrieron los pobres mortales por siglos y siglos el infierno en vida.

Mas actualmente, las cosas han cambiado; es decir, se ha visto el error que se cometió al crear a Himeneo y se ha hecho lo posible por rectificarlo; se concibió -no os puede asegurar que Venus haya sido la autora de este suceso- al dios Divorcio.

Ahora os podéis casar con toda confianza y cuando vuestra mujer os aburra, el dios Divorcio tendrá sobre vosotros, pobres mártires del Himeneo, su manto de bondad y de liberación. Si sois prácticos haréis más: esperaréis a que la mujer de vuestros sueños infantiles esté divorciada y os quedará el recurso de presentaros a su exmarido en busca de informes que -con la solidaridad que en estos asuntos caracteriza a los hombres- no os negará. Y así, ya sabréis a qué ateneros respecto a la vida matrimonial con Fulana de Tal de sus defectos, de su virtudes y ¿por qué no?, hasta de sus posibles encantos o desencantos físicos.

¿Verdad que vivimos en una época de bienaventuranza?

Bueno, claro que todo esto es puro cuento; mas ya os advertí al principio que iba a contaros el cuento del matrimonio.

Octubre de 1938

El Petulante

Mi amigo Enrique es un francés al estilo de esos que nuestros primos nos han acostumbrado a ver en sus películas: de cuerpo exiguo - a cuyo servicio pone el mejor sastre de la localidad siempre atento al más pequeño detalle que afecte su apariencia personal y con una debilidad: su cara.

Por las tardes, al pasear por nuestra Avenida Hidalgo no perdona espejo ni aparador para mirarse y luego de hacerlo, dirige a sus acompañantes esta pregunta: "Viéndolo bien, no soy mal parecido ¿verdad?" Nosotros, sus amigos, le perdonábamos -y digo perdonábamos, por lo que luego verán ustedes- su narcisismo en gracia a su innato don de narrador.

En cierta ocasión recorríamos nuestra calle comercial a esa hora maravillosa en que las bellas y por más de una razón adorables representantes del pensil lagunero, la adornan con sus sonrisas avasalladoras y su andar saleroso, que denuncia la euritmia de sus cuerpos juveniles. Como la

conversación la llevaba él por el camino de su egolatría, para variar, le dije: -Oye, ¿por qué si tú no tienes esperanzas de regresar a Francia sigues hablando en tu casa el idioma francés?

A lo que él, con su seguridad habitual, me contestó con la siguiente anécdota:

“Una familia de paisanos radicada desde hacía tiempo en el país, emulando la costumbre que priva entre la mayoría de los mexicanos, quiso que en su casa, además del español que ya dominaban a la perfección, se hablara el inglés y que no había de pronunciarse una sola palabra en lengua francesa. Cuando al cabo de algún tiempo le empezaron a la señora los dolores del parto llamaron a un médico, amigo y paisano. Reconoció éste a la paciente y, como viese que todavía había para rato, pasó a una habitación contigua a esperar el momento en que se haría necesaria su intervención. De pronto se oye un grito de la señora: ¡Oh, God!

Los familiares se miran nerviosos; el médico comenta: dolores precursores.

A poco vuelve a oírse otro gemido: ¡Dios mío!

Todavía no, dice el médico y sigue sentado tan campante. Cuando en esto se oye exclamar: ¡Mon Dieu!

Ahora sí, ahora es cuando la cosa va de veras –dice el médico y acude presuroso a ver a la enferma”.

Estábamos todavía festejando la explicación cuando, de una de las casas comerciales sale una rubia prodigiosa –marfil y oro- quien, sin reservas, dedicó a mi acompañante una de esas sonrisas con que ya quisiera un servidor verse obsequiado los días de fiesta. ¡Nunca lo hubiera hecho la niña aquella!; mi amigo dio rienda suelta a su vanidad ¡ -Ves, pobre diablo, -me dijo- yo no tengo que hacer sino dejarme amar. ¡Y ustedes que sudan tanto por cualquier muchacha! Con ésta no tengo que hacer otra cosa que plantármele enfrente y es mía. Convéncete, Emerjo, hay que nacer un buen tipo

Fastidiado por su aire de superioridad –que no era la primera vez que le tenía que aguantar –le dije: -Bueno, bueno, tú eres un Don Juan corregido y aumentado, tienes la mar de rendidas admiradoras pero... ¡ahora caigo en que nunca te hemos visto con una mucha! Lo cual era cierto, pues su reputación de conquistador se la había formado él mismo platicándonos cada día acerca de alguna nueva conquista de la noche anterior.

A ver si con ésta nos das una lección ¡vamos!

- Pero Emerjo, o no quiero hacerlos objeto de tal humillación.

- No tengas cuidado por eso, dame una lección gráfica y yo me encargaré de pasarla a los amigos. Te seremos eternamente deudores. Con que... ¡andando!

- Bueno... bueno... si insistes...

Se puso colorado –lo cual no me llamó mayormente la atención-, se arregló la corbata y partió en seguimiento de la rubia quien, por su parte, incesantemente volvía la cabeza e invitaba con la mirada a Enrique. Viendo que éste se había separado de mí se detuvo como distraída, en la esquina, frente al edificio que remata una torre con un reloj de cuatro caras. Viéndose, así, mi amigo, entre la espada - ¡y qué espada, Dios mío!- que era ella y la pared, cuyas veces hacía yo, no tuvo otro remedio que acercársele.

A poco llegaba yo y como no queriendo la cosa me acerqué a escuchar la prometida lección.

- Estos relojes públicos son una calamidad. Nunca dan tiempo exacto –decía Enrique.

- A mí, por lo pronto, no me preocupa el tiempo –contestaba ella, sugerente.

- Fíjese Ud. en éste, anda con la luna– dijo mi amigo, desaprovechado la oportunidad.

La magnífica rubia, que esperaba otra contestación, calló, desilusionada.

Siguió un rato de silencio y, a poco, insistía Enrique:

- *Debían dar las autoridades una orden para que se retiraran del servicio estos relojes que, no pudiendo dar tiempo exacto, desconciertan al público.*

Ya no quise oír más. Me exasperaba este cambio en Enrique, él siempre tan seguro, con tantas felices ocurrencias, ahora se estaba portando como un torpe. Le dejé solo.

Al día siguiente cuando apareció ante "la palomilla" –a quien yo ya había contado el suceso- le dije: Pero, hombre ¿qué te pasó ayer, qué fue de tu labia? Te soltaste hablando como un imbécil del tiempo, cuando la rubia aquella quería que lo hubieras sabido aprovechar.

Bueno, ¿saben? –confesó- es que, en honor a la verdad, nunca he tenido facilidad para conversar con muchachas decentes, ¡son tan insulsas!

¡Entonces, todas las conquistas de que alardeabas son un mito, ¿no?

Las bromas y cuchufletas de los amigos no se hicieron esperar. A granel cayeron sobre nuestro petulante amigo que nos había resultado una mala imitación del clásico Don Juan. Ahora ya no le perdonamos ni su narcisismo. Y al pobre le ha entrado tal fobia hacia las rubias que, no hace más que ver una y se desmaya. ¡Pobre! R. I. P. Por mi parte he perdido la fe en esos que se dejan amar, porque, de tanto hacerlo olvidan el arte de tomar la iniciativa...

Diciembre de 1938

Historia

Desesperadamente pálidos pasaban mis años por la vida; la bestia estaba ahíta de placeres, mientras que el alma moría triste, olvidada, sola.

Tal como en uno de esos sorprendentes cuentos encerrados en la magia de "Las Mil y Una Noches", un día predestinado apareciste...

Detuviste el paso de viajera infatigable por las vidas de los hombres destinados a cegar con tus hechizos, detuviste el paso y nuestros ojos hablaron –¡después supe que también los ojos mienten!-; luego, una sonrisa engalanó la hermosura majestuosa de tu cara.

Los gigantescos álamos de la calzada por la que nuestros pies, diariamente, a la hora crepuscular, dejaban una estela de huellas, mecían suavemente sus ramas, y sus hojas remando dulcemente en el céfiro, cantaban, cantaban...

Juntos, entrelazadas las manos, admirábamos el ocaso y parecía como si en aquel expirar policromático cobrara mayor fuerza la pasión que me consumía.

Solías –¿lo recuerdas?- retener mi cabeza en tu regazo; prodigábanle caricias tus manos ideales y, cuando el espíritu, prendido a la teurgia del momento, era arrebatado por el utópico miraje, tu sonrisa tornábase risa victoriosa.

Poco a poco el hastío se iba apoderando de tu ser, sin yo poderlo impedir; tus ojos, tus bellos ojos mentirosos escudriñaban sin cesar el horizonte, en espera anhelante de un nuevo doncel que pudiera saciar todos tus caprichos.

Aquel día tus labios se dejaron besar y luego dieron forma a frases gélidas que encerraban todas tus ansias de aventura.

- *Me voy –dijiste secamente.*

- *Quédate; hemos sido felices, seguiremos siéndolo –imploré.*

- *Deseo, ansío las pieles y las sedas para mi cuerpo y tú no puedes ofrecérmelas.*

- *En cambio te he dado mi corazón.*

- *¿Tu corazón?... ¡No es un lujo!*

Suavizadas por el recuerdo de los primeros días que pasé a tu lado, las horas son leves; el alma tiene un compañero: el dolor.

Dentro de mí la bestia aherrojada brama impotente; sus rugidos acaban por no oírse más; mi cabeza blanquea.

¿Qué habrá sido de ti?

1° de Octubre de 1939

Natividad

Al sudeste de Belén, en un llano separado de la ciudad por las estribaciones de la montaña donde habían llevado a pastar sus rebaños, seis pastores dormían profundamente, mientras otro, paseando frente a ellos, vigilaba atento al menor ruido sospechoso que pudiera denunciar la presencia del chacal. De pronto sintióse envuelto en una luz clara, intensa; elevó una vista y vio el cielo horror de estrellas, transformando en una hoguera gigantesca; lleno de pavor quedóse como clavado en su sitio, sus músculos no obedecían los mandatos de su cerebro; con un grito ronco, salvaje, en el que se manifestaba todo el terror de que era poseído, llamó a sus compañeros:

- *¡Despertad! ¡El fin del mundo ha llegado!*

Estos, sacados tan imprevisto de su sueño, al contemplar el maravilloso espectáculo óptico, fueron presas también de esa sensación de miedo cerval que el hombre siente ante lo inexplicable; llevaron todos las manos a la cara resignándose a la idea de morir abrasados. De súbito una voz celestial, dulcísima, se dejó oír:

- *¡No temáis! Os traigo la buena nueva, que ha de llenar de alegría todos los corazones de la tierra.*

La teurgia de aquella voz obró el milagro de librarles como por ensalmo de su terror, de tranquilizar sus espíritus; quitaron las manos de sus rostros, levantaron la vista y vieron, en una diadema luminosa, las facciones serenas, divinamente hermosas del Ángel Gabriel, quien prosiguió:

- *Entre vosotros ha nacido hoy, en la Ciudad de David, el Redentor, Cristo, Señor Vuestro. ¡Id a buscarle! Encontraréis al Niño acostado en un pesebre.*

Luego, la luz de la cual Gabriel parecía ser generador, fue tomando un tono rosicler hermosísimo y de lo alto se dejaron oír las voces armoniosas de un coro celestial que cantaban:

"Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buen voluntad".

¡La Era Cristiana alboreaba!

Tal era el magno acontecimiento que debían celebrar los hogares todos del Universo.

Y esa noche, en una próspera ciudad de mundo...

La temperatura era inclemente: incesante, los copos de nieve caían sobre el pavimento, que semejava ya un vasto sudario; el viento norte soplaba y gemía, aullaba a veces y parecía retorcerse en cuento sufrimiento, sus lamentos decíanse las quejas tumultuarias de mil galeotes fustigados por el cómitre; las luces eléctricas, escasas por aquel rumbo, parecían opacas y prestaban relieves de velorio al cuadro nocturnal.

El barrio, un barrio pobre, aparecía silencioso, triste. De cuando en vez rasgaban aquel denso silencio las vibraciones ecoicas producidas por el claxon estridente de algún auto que transitara por calles distantes.

Las casas, con excepción de una, aparecían a oscuras, como si sus habitantes, en un arranque

pueril, quisieran, recogién dose a temprana hora, facilitar la obra del Niño-Dios. Por lo demás, con los nervios relajados, agotados por el cansancio físico a que la miserable gente está obligada, no es difícil conciliar el sueño; algunos, tal vez, sobaban con que el Niño que esa noche visitaba los hombres, les tendía la mano y les llevaba a otras esferas, haciéndoles abandonar su condición de parias, de olvidados del destino.

Aquella casa aparecía alumbrada era, quizá, la de apariencia más miserable: la puerta y ventana parecían llenas de rendijas por donde se filtraba el viento frío y seco del norte. Dentro de ella la miseria imperaba. Era un solo cuarto de dimensiones reducidas que servía de todo: sala y recámara, comedor y cocina. Sin embargo, había limpieza, se notaba la presencia de un ser aún no contaminado por la insensibilidad característica de nuestra gente pobre; apatía que les hace vivir felices, sin asco, en la inmundicia.

En la pobre pieza, alumbrada por la raquítica luz de una vela de parafina a medio consumir, acostada en una camita que hablaba de mejores épocas y cubierta por raído cobertor, una niña dormía con el plácido sueño de los inocentes, de aquellos que todavía no saben nada de los mil y un desengaños que forman la vida.

La pequeña durmiente se diría salida de los versos de Bacarissé: "La niña era blanca y rosa". Su bella cara infantil aparecía coronada por cabellos negrísimos, que formaban ondas y ricitos preciosísimos; entre sus labios coralinos y frescos vagaba una sonrisa de felicidad suprema. Sentada a un lado de la cama, velando su sueño y ocupada en dar facciones humanas a una media atiborrada, estaba su madre. Su cabeza aparecía cubierta por hilos de plata, su rostro ajado; se podía apreciar, no obstante, que eran más fuertes los estragos del sufrimiento que los de la edad. Sus facciones eran delicadas, nobles. Se adivinaba el verle que la adversidad era quien le tenía confinada allí.

En efecto, enamorada locamente de un viajante de comercio a quien sus padres, influyentes miembros de la sociedad metropolitana, no veían con buenos ojos por saberlo mujeriego y jugador, huyó con él.

Al principio todo había sido felicidad, felicidad que se vio en crescendo con la llegada al mundo de la pequeña durmiente; mas, como no hay felicidad perdurable, en los últimos tiempos el marido se había mostrado frío, irascible; aun a las caricias de la nena se mostraba indiferente. Por fin un día aciago le abandonó, yéndose a otra ciudad donde, según ella supo después, formaba hogar con una amante.

La honda pena moral le envejeció rápidamente; pero, estoica y digna, no se quejó, no pidió ayuda a nadie sino a Dios y empezó a trabajar en costuras, para el sostenimiento de la nena y el suyo propio.

A veces las preguntas de la niña le ponían en aprietos, sobre todo cuando le preguntaba por su "papacito", como cariñosamente le llamaba. Sintiendo que la pena le ahogaba; pero con la vaga esperanza de que el amante comprendiera su error y volviese a ellas, le contestaba que pronto se reunirían, que había ido a un viaje a ganar dinero, mucho dinero, para darles todo lo que pidieran. En cuya contestación quedaba de manifiesto toda la bondad de su corazón y todo el amor profesado al infiel.

En tales circunstancias llegó a aquel barrio.

La quietud del sueño de la nena se vio turbada de súbito por los gritos estentóreos de algunos giróvagos ebrios, que festejaban a su modo la Nochebuena. Abrió los ojitos y sonrió a su madre, quien le correspondió con esa mirada amorosa con que sólo las madres saben mirar a su hijos, sangre de su sangre.

-¿Sabes, mamita -dijo la pequeña-, que he soñado que mi papacito había vuelto y que el Niño Dios me había traído una muñeca así -y separaba lo más que podía las manos una de otra-, grandotota, grandotota, con cabellos rubios que cerraba los ojos y decía "mamá" y "papá"?

La madre no puede más, abraza cariñosamente a su hijita y la besa infatigable mientras por sus mejillas lágrimas ardientes resbalan, juntándose con las de la nena, que viendo llorar a su madre llora también. Los sollozos las ahogan.

En el suelo una muñeca de trapo a medio terminar muestra su cara picaresca.

Fuera, sigue nevando...

Tenues llegan hasta el suburbio los rumores de la próspera ciudad que se divierte...

1° de Enero de 1971

La Pipa

¡Cá!, no fue fácil para Beto salirse con la suya; pero, tras de unos cuantos pucheros graciosos frente a la madre, quedó dueño y señor del contenido de aquel baúl mundo, que ella tenía repleto de cosas viejas e inservibles. Él no sabía con certeza qué iría a encontrar dentro y eso aumentaba su felicidad. ¡Era dueño y señor del misterio! ¡En el momento que lo quisiera podría lanzarse al descubrimiento de lo ignoto! ¡Con sólo levantar la tapa irían apareciendo ante el conjuro de una varita mágica, una tras otra, mil cosas maravillosas!

Ahora que era suyo aquel añoso baúl, se complacía en dilatar el momento de tomar posesión de su contenido; disfrutaba atormentándose, conteniendo su natural impulso. ¿Qué iría a encontrar? ¿Estaría allí aquel reloj que el papá no usaba más? ¿Y los otros espejuelos de la abuela?

Avivando su deseo con sus íntimas preguntas, puso las manos sobre la tapa del viejo baúl y empezó a abrirlo; primero una chispita y por allí trató, más que de ver, de adivinar el contenido; por fin, no soportando más la incertidumbre, lo abrió arrebatadamente y con el alma infantil suspendida en la emoción de buscar entre aquel farrago algo, sin saber qué, empezó nervioso a revisar su conquista. A todos lados, impaciente y despectivamente, tiraba lo para él inservible; en el suelo, a sus pies y al compás de palmas y gritos y besos jubilosos, cuidadosamente iba colocando lo que más le agradaba de sus hallazgos. Así, al dejar limpio el amplio vientre del baúl mundo y en un desorden infernal la pieza, había logrado un magnífico tesoro que haría feliz a cualquier niño de su edad.

¡Cómo brillaban de felicidad sus ojillos vivarachos al contemplar aquel raído sombrero de copa del abuelo y la vieja pipa del papá! (¡no era pisto el que se iba a dar con ella) y aquella funda de pistola, aquellos collares de cuentas de vidrio con que su hermana mayor solía, antes, completar su vestido de china poblana! ¡Ahora sí que tenía tesoro para jugar a los piratas! ¿Qué mago de los cuentos podría ofrecer a nadie riquezas más cuantiosas que aquellas de que él era dueño? ¡Cómo iba a rabiar de envidia el "cacarizo"!

Pero, ¡qué grande resulta un sobrero de copa del abuelo cuando apenas se tienen seis años! Bueno, siempre le serviría para guardar en él las demás cosas.

¿Y qué luciría primero ante sus amigos? ¿Cómo decidirse por algo entre tantas otras cosas que parecían decirle: "Yo, yo; llévame a mí primero"?

Cundo se presentó ante sus amigos con aquella imponente funda de pistola al cinto, fue inmediatamente rodeado por ellos. Todos la admiraban y lo envidiaban. Sólo el "cacarizo" permanecía indiferente (¡si supiera la que tenía preparada!) De los demás, cada quién alegaba ser mejor amigo de él que cualquiera otro, para conseguir lucir, siquiera un rato, aquella joya.

Beto se acercó al "cacarizo":

- ¿No te gusta mi funda, "cácaro"?

- ¡Bah! Mi papá tiene un "riflotote" y me deja tirar con él cuando quiero.

- ¡Mentiroso!, el otro día te pegó porque lo sacaste.

- Ah, porque lo cogí a escondidas...

¿Por qué tenía que vivir en ese barrio el “cacarizo”? Su sonrisa burlona, su cabello siempre despeinado, sus orejas sucias, todo él se le hacía insoportable. ¡Ah, cuánto no daría –toda su recién hallada riqueza- por ser grande y fuerte para darle de nalgadas! Pero ya vería...

- ¿Y tiene también una “pipota” y te deja fumar en ella cuando quieres?

- ¿Y a poco a ti sí?...

Seguro de que no lo veía nadie de su casa, fue sacando lentamente de uno de los bolsillos del pantalón la pipa apenas encontrada y con gravedad se la llevó a la boca. ¡Qué de gritos entre la palomilla! ¡Qué de burlas para el pobre “cácaro”! En los ojos se le veía que quería poseerla. Sí, ¿eh? ¿Qué daría por ella? No le conocía nada que se acercara siquiera al valor de su pipa. ¿Y qué sería capaz de hacer por conseguirla?

Todo le pareció miseria a Beto mientras el “cacarizo” no le ofreció obedecerle en todo lo que le mandara por tres días; al cumplirse el plazo le daría la pipa. ¿Se la daría?

- “Cácaro”, ¡cárgame a caballo!; “Cacarizo”, ¡haz bizcos!; “Cacarizo”, esto, “Cacarizo, aquello.

¡Qué embriaguez la del mando! La pipa era para Beto como para un rey el cetro: insignia de autoridad, de poder.

Ya era hora de ir a la cama; mañana seguiría haciendo padecer al “cácaro”. ¡Mañana! ¡Qué pronto se había acabado el día!

Cuando se cumpliera el plazo tendría que darle la pipa al “cácaro” ¿Se la daría? ¿Cómo no pidió ser obedecido una semana? ¡Tres días! ¿Se la daría?

La voz de la madre se dejó oír:

- ¡A dormir!

Y luego:

- ¡Deja en paz esa pipa, nene! Anda, reza conmigo: “Padre nuestro... que estás en los cielos... santificado sea el tu nombre... vénganos el tu reino... hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra... El pan nuestro de cada día dánoslo hoy... perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... y no nos dejes caer en tentación... mas líbranos de todo mal... amén”.

¡Tres días! ¿Y su pipa? Ah, ¡ahí estaba! No correría el riesgo de perderla; se dormiría con ella bien cogida, sin soltarla.

La Madre le besó.

- ¡Hasta mañana, nene.

- Hasta mañana, mamita.

Los ojitos se le cerraban, cargados de sueño. ¡Tres días! ¿Se la daría?... “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”... “Perdonamos a nuestros deudores”... El “cacarizo” no era malo... “Perdonamos a nuestros deudores”... Se la daría... Perdonamos a nuestros deudores... Mañana... mañana... ¡Se la daría!... ¡Cómo le quemaba la mano!... “Perdónanos nuestras deudas”... mañana...

Abril de 1941

Emilio Herrera Muñoz

Las tareas del espíritu

Discurso pronunciado por Don Emilio Herrera Muñoz, con motivo de la inauguración de la Plaza Española, por el C. Presidente Municipal de Torreón, Coahuila, Lic. Homero H. del Bosque Villareal, el 20 de diciembre de 1980.

*“Con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza”
-Pedro Garfias. Entre España y México-*

Señores:

Invitado por el Sr. Licenciado Homero H. del Bosque y Villareal, muy digno Presidente Municipal de nuestra ciudad, vengo ante ustedes a tratar de decir, a nombre del H. Ayuntamiento, algunas palabras en relación con nuestros campos, nuestro río y los hombres que, venidos de España al desierto lagunero en el que se quedaron para entregarse, en cuerpo y alma, a transformarlo.

Muchos mexicanos, y particularmente muchos laguneros, tenemos dos patrias: México, en la que vimos la luz, y otra a la que estamos ligados por esta lengua con la que nos comunicamos y por un sinnúmero de afectos. Esa otra patria es España.

Para los laguneros esta rareza jamás fue malinchismo, sino milagro de una sana y noble convivencia y un mutuo afán de cristalizar un mismo sueño en esta tierra generosa.

Desde las antiguas casas grandes de algunos ranchos – comarcas, o desde la fresca hospitalidad de algunos espaciados y altos álamos o fresnos, de cuyas hojas el calido vientecillo nocturno se esforzaba en sacar algún dulce murmullo, fue frecuente que, de pronto, surgieron voces varoniles y llenas de amoroso sentimentalismo o de nostalgia cantando Rayando el Sol o El Emigrante. La Casita o La Praviana. El mundo musical de México y de España se tomaban de la mano y afloraba en el paisaje en la juventud de aquellas noches y dulcificaba el desierto al que el trabajo común diario iba, poco a poco, venciendo.

Acaso algunos de aquellos hombres hispanos esté hoy acompañándonos y recuerde lo que digo, entonces eran jóvenes alegres y endurecidos físicamente por la vida y la noble ambición de triunfar perseguida tenazmente. Aquellos españoles habían abandonado, casi niños, sus pueblos, sus ideas, para triunfar en América. Les estaba prohibido, por una ley no escrita pero que su propia dignidad les grababa firmemente en sus corazones, y en su voluntad, regresar a su patria sin haber conquistado el éxito. Por eso eran duros e implacables consigo mismos. Por eso trabajaban de sol a sol, y a veces desde antes del amanecer. Por eso disciplinaban como San Ignacio, en el rigor de sus cuerpos y los mantenían aptos para los mayores esfuerzos. Ni el sol de Julio ni los fríos nortes de invierno les impidieron jamás insistir en sus empeños. Su ánimo era inquebrantable.

Fueron los tiempos de Pude q'el otro año. Si este año no se dio bien la cosecha, si el agua no vino a tiempo si la plaga todo lo asolaba, puede q' el otro año se dieran bien las cosas. La cuestión era insistir, seguir sembrando, seguir amando la tierra. Así, Puede q'el otro año se llamó de la destacada escritora lagunera Magdalena Mondragón. Cuenta en sus paginas de un español conocido de todos que por aquellos años escribiera a su pueblo demandando un embarque de español chico, muchachos acostumbrados al trabajo rudo, continuo y agotador, que no se asustaran ni del calor extremo ni de la soledad. Puede q'el otro año. La frase simboliza por si misma la tenacidad y la voluntad resuelta de aquellos españoles. Así con buena o mala ventura, contra viento y marea, abrían más y mas tierras al cultivo trabajándolas hasta hacerlas producir. Es seguro que, a poco que nos esforcemos, muchos de los que aquí estamos recordaremos esas tierras que hoy son labrantías y que, cuando las vimos por primera vez, no eran sino montes cubiertos de mezquites.

El español que en los años iniciales vino a la Laguna pronto se dio cuenta de que la tierra que pisaba era buena, pero que tenía siglos de sed. La región era desértica, pero si podían ellos darle de beber produciría algodones como ningunos, porque el clima era propicio. Yo no sé si aquellos algodones que ví en mi infancia fueron buenos o malos, ni si dejarlos crecer era lo indicado, solo recuerdo haber visto por el rumbo de Arcinas algodones más altos que mis diez años de entonces.

Aquellas tierras sedientas necesitaban beber. Y el río, nuestro Río Nazas, con sus imprevisibles avenidas, estaba allí, ancho como el Nilo, con el cual más de una vez se le comparara, y poderoso y rico en limos. Suficientemente poderoso como para contribuir enormemente a la riqueza agrícola de esta región en la que había buena tierra y agricultores españoles de primera.

En las avenidas del Nazas y en las lluvias de Junio soñaban aquellos precursores. Escribían a sus familiares ultramarinos – yo ví más de una de aquellas – cartas esperanzadas y les decían: Las lluvias de Junio son como oro en estas tierras. En cuanto al río, el problema era conducir el agua hasta los diferentes puntos elegidos en el desierto.

Pero España y los españoles tienen una larga historia de relación con el agua. Recuérdese por ejemplo, por citar de entre lo más conocido, a Ponce de León que dedicó su vida a perseguir una fuente; a Núñez de Balboa que soportó mil penalidades para embrujarse un día de San Miguel con la visión inmensa del Mar Pacífico; a Orellana que le siguió el rastro a ese río macho, que le puede al mar y es capaz de empujarlo: el Amazonas; y hay que recordar que, en su momento, no hubo nación que creyera que el agua conduciría a parte alguna con excepción de España. Lepanto y Trafalgar acaso sean los puntos culminares y extremos de esa relación.

A mí me parece que el español no se siente enteramente a gusto si no tiene cerca el agua, particularmente de un río. Garfias el poeta andaluz, era capaz de ver al suyo, al Guadalquivir, desembocar en la luna; los castellanos de Toledo se enorgullecen del Tajo, el río celoso que rodea a la ciudad-museo y le vigila constantemente; los de Madrid, en cambio, se vuelven lenguas del manzanares, que es un río como un requiebro, y así todos: los asturianos tienen el Názón, que para los que aquí vinieron fue, en su niñez, casi como una premonición de este otro: el Nazas.

Resulta, pues, natural y lógico que cuando aquel grupo de españoles tropezaron con nuestro río, quisieran asentarse en sus riberas o conducir sus aguas, mediante un sistema de canales capaz de irrigar tierras que clamaban por ella, hasta las recién abiertas al cultivo. Todo esto hicieron aquellos hombres. Lo importante era aprovechar la riqueza líquida del río, y a ello se dedicaron con ahínco. No eran estas tierras cuestión de aventuras sino, sencillamente, de amoroso trabajo, ingenio y tenacidad.

Los recién llegados inmigrantes dieron de beber al sediento desierto, enseñaron a los nativos sus sistemas de cultivo, ejemplarizaron con su incansable espíritu de lucha y de trabajo, e hicieron envidiable a la región.

Pero, aunque todos ellos tuvieran el valor suficiente para triunfar y persiguieran celosamente el triunfo, no todos lo obtuvieron. Muchos solo regaron con su sudor estas benditas tierras y dejaron su vida en ellas. Otros lo probaron y lo perdieron y no volvieron a obtenerlo. Algunos triunfaron espectacular y rotundamente. Regresaron a España, a su ciudad, a su pueblo, a su aldea, pero no resistieron la nostalgia lagunera y volvieron. Formaron aquí familias, numerosas familias, y muchos de sus hijos siguen siendo valiosos elementos de nuestra economía. Citar nombres en esta ocasión sería injusto, pues lo valioso del tránsito de todos ellos por estos campos no fue su triunfo o su mala suerte sino el ejemplo permanente de su espíritu inquebrantable y sus enseñanzas y su profundo amor a la tierra.

Citaremos uno, pero a este porque su amor a estos campos y a este río fue enriquecido con una clara visión de lo que para esta región representaría una pujante y vigorosa industria, como consta en el pedestal donde descansa la cabeza de bronce con la que nuestro H. Ayuntamiento le rinde hoy merecido homenaje, en el centenario de su arribo a la Laguna.

Me refiero a don Joaquín Serrano, nacido en Logroño –y aquí otra vez la magia del agua-, a las

orillas del río Ebro. Llego a nuestra ciudad precisamente en 1880.

Después de rendir su tributo de sudor a estas tierras, y después de abrir algunas nuevas al cultivo, dedico sus mejores esfuerzos a promover nuestra industria: organizo las compañías de La Unión y de la Fe y participó activamente para que entre nosotros se estableciera La Metalúrgica. Lo anterior, aparte de otras actividades que dieron a nuestra ciudad gran prestigio y la colocaron entre las más esforzadas del país.

Con esplendidez de antiguo Hidalgo, y yo creo que, como un ejemplo para sus paisanos que después de él vinieran, demostrando su gratitud a la comarca que premiara sus esfuerzos, obtuvo y dono a Torreón lo que hoy es su Alameda, que poco a poco va convirtiéndose en una importante zona comercial: la Zona Rosa.

La Colonia Española de Torreón emulando aquel ejemplo contribuyo ampliamente con nuestro H. Ayuntamiento para cristalizar entre ambos esta Plaza de España, en cuyo centro queda, como un tributo del pueblo de Torreón, al río que nos hizo posibles esta bellísima Fuente del Río Nazas que, por razones técnicas se pondrá a funcionar hasta dentro de algunos pocos días.

La fuente recrea a nuestro río en su mejor momento: aquel en el que sus aguas broncas saltaban las piedras, maravilloso espectáculo que en los antiguos tiempos regocijaba a la ciudad entera y le hacia concurrir en peregrinación masiva a atestiguarlo.

Si en Inglaterra el río Támesis tiene en sus fuentes oficiales una estatua simbolizando al Padre Támesis, ahora nuestro Padre Nazas tiene en esta majestuosa Plaza de España una fuente que lo simboliza. Observándolo permanentemente queda D. Joaquín Serrano, hombre que representa, perfectamente, las mejores virtudes del español que contribuyo a hacer de esta región un emporio.

Es posible que en el futuro, en la alta noche, cuando queden a solas, la fuente y el hombre conversen animadamente sobre el pasado, reviviendo, bajo la luna, todos sus recuerdos, el río deseoso de seguir siendo, como alguna vez lo dijo Álvaro Rodríguez Villareal, el garañón de estos campos, el amante perfecto de estas tierras, don Joaquín Serrano suspirante, igual que nuestros hermanos españoles, igual que todos nosotros: con España presente en el recuerdo, con Torreón y la Laguna presente, siempre presente, en la Esperanza.

Discurso pronunciado por Don Emilio Herrera Muñoz, con motivo del reconocimiento a la labor del Sr. Carlos Jalife García en el mes de marzo de 1981.

Alguien dijo, alguna vez, que el quehacer, que no es el trabajo que nos sale al paso sino el que hay que buscar con el espíritu, es la expresión cabal de lo que es un hombre, de lo que siente y de lo que cree.

En muchas ocasiones, por no decir que casi nunca, aquello que se es, que se siente y que se cree, no puede expresarse en nuestro diario trabajo.

Sucede también, que la herramienta que permite al hombre expresar su creencia, su sentimiento y la esencia de sus ser, mediante un verdadero quehacer, necesita de tiempo para fraguar y ser útil.

Esta herramienta no puede improvisarse. Es cuestión de sensibilidad, que hay que ir afinando, que la vida se encarga de afinar.

Es posible que se nos haya dotado con ella de nacimiento, pero aun en este caso, tenemos que descubrir su posesión. Tal descubrimiento ocurre a veces, otras no. Esto es así porque su descubrimiento depende de circunstancias que pueden darse o no producirse a nuestro alrededor. Clive tenía el don de mando. Necesito de una revuelta, no provocada por él, para descubrirlo. Savonarola tenía el don de la palabra. Necesito atestiguar de manera accidental, de unos marineros para que su indignación le hiciera darse cuenta de su posesión.

Esta herramienta, con la que pocos nacen y otros pocos son capaces de crearse pacientemente a través de años y años de su propia vida, es lo que permite a algunos pocos hombres expresarse a través de un autentico quehacer; aquel que dejara en la memoria de sus contemporáneos un recuerdo mas largo y una huella mas profunda de su paso en ese continente que es su comunidad.

Esos quehaceres que, vuelvo a repetir, hay que buscar, detectar y, en ocasiones, inclusive imaginar, son como misiones, como deberes morales que podemos decidir o no imponernos. Decidido afirmativamente algunos hombres llegan a descubrir que realizarlos les satisface, que disfrutan acometerlos. Esto será porque a quien Dios, y esto no puede ser sino obra de Dios, le da una de estas misiones uno de estos quehaceres, le da, también el carácter para realizarla.

Estos quehaceres, estas misiones, estos deberes morales a través de los cuales ciertos hombres expresan su ser, su sentir y su creer, se apoyan en su propio carisma. Así le dicen los griegos a tal don. Los musulmanes le dicen baraka. En ambos casos es una especie de exaltación y dominio. Saben entusiasmarse por un quehacer determinado y entusiasmar a los demás por ese mismo quehacer. Y sostener ese entusiasmo en si y en los otros.

Para una comunidad, cualquiera que sea, no importa su tamaño, es muy valioso contar con gente de esta naturaleza. Hay épocas que se distinguen por producirlos en forma notable. Son épocas brillantes, de grandes realizaciones; épocas en las que se resuelven viejos problemas. Pero las hay también, marcadas por su ausencia; épocas de vegetación inútil, de acumulación de problemas, de ausencia de soluciones, de indiferencia total hacia la comunidad.

Afortunadamente para la nuestra, vivimos una época en la que, en los diferentes campos de la actividad humana se destacan muchos de estos hombres carismáticos y en estas mismas mesas pudiera señalar a varios.

Pero esta noche queremos distinguir de una manera muy especial a un joven amigo de todos nosotros quien a temprana edad forjo la herramienta que le ha permitido expresarse a través de diferentes quehaceres, diciéndonos con obras que han sido amores, de su constante preocupación por las carencias de la ciudad que habita; que siente los problemas comunales como propios; que le angustian e inquietan todos de tal manera, que es capaz de olvidar su trabajo diario para aportar soluciones que realiza porque cree que solo actuando positivamente podrán resolverse los diferentes problemas y de ninguna otra manera.

Quien eso hace, eso siente y eso cree, es Carlos Jalife, joven lagunero con cuya amistad nos honramos y a quien hacemos esta noche entrega de una modesta placa en la que dejamos, sus amigos, constancia de su especial quehacer en pro de nuestro Cuerpo de Bomberos, así como de sus perennes inquietudes que habrán de perseguirle, gracias a Dios, como una vocación ineludible a través de toda su existencia, que le deseamos larga.

Emilio Herrera Muñoz

Los españoles en la vida de la Laguna

Sus actividades en la Ciudad de Lerdo

Así como primero fue le verbo, antes que Torreón, fue Lerdo. En Lerdo se radica todo el esfuerzo español de la primera época lagunera.

La mas importante firma comercial española que existía en la comarca allá por el año de 1890, fue la Casa Hernández, propietario y fundador de la cual fue don Ángel Hernández, quien después la traspasara a don Celedonio Castillo, oriundo de Santander, España.

Estaba ubicada esta casa comercial contra esquina de la Plaza Principal, precisamente donde hoy es la Botica Nueva. Tiempo después esta firma abrió una sucursal en Gómez Palacio, en la esquina que forman las avenidas Ferrocarril e Independencia.

Por cierto en esta Casa Hernández estuvo empleado don Félix Arias, también español, quien el año pasado (1945) falleciera en la capital.

Era, al ocurrir su muerte, uno de los principales accionistas de la firma M. Lambert y Cia., negociación francesa propietaria de "El Correo Frances".

Cuéntase de este don Feliz Arias quien a muy temprana edad llevo a Lerdo, entrando desde luego a prestar sus servicios a la Casa Hernández que en cierta ocasión discutía con Silvestre Garza, mexicano, sobre cual pueblo era mas importante: Lerdo o La Campana, nombre con que entonces era conocido lo que hoy es Tlahualilo. Don Félix sostenía que La Campana. Silvestre sostenía lo contrario.

- *Que si, Silvestre, que si- decía don Félix-; fijate por allá tienen ya luz "eléctrica".*

- *Como "eléctrica, será eléctrica, hombre.*

- *¿Y la "c"? ¿Te la comes?*

Fue don Félix un hombre incansable hasta el fin de sus días. No obstante la fortuna acumulada, seguía viajando para su casa, y todavía en los últimos tiempos, no obstante su edad avanzada, visitaba pueblos tan internados en la sierra que ningún otro viajero tocaba.

Volviendo a don Celedonio Castillo, el entro a trabajar a la Casa Hernández de Tenedor de Libros, cuando llevo a Lerdo procedente de La Habana, Cuba, donde primeramente duro radicado algún tiempo después de su salida de la península. Gracias a su dedicación y esfuerzo, allá por los años de 1903-4, compro la Casa Hernández de Gómez Palacio, abriendo después una nueva negociación de ultramarinos en Ciudad Lerdo, bajo el nombre de "La Numancia", ubicada precisamente donde hoy esta la cantina del mismo nombre.

En esta casa estuvo trabajando don Pedro de la Mora, padre del prominente algodonero don José del mismo apellido.

Tenia don Celedonio un hermano menor, Paco, que gozo de gran popularidad entre la juventud de su tiempo. A este hermano le abrió una tienda en Gómez, pero como por entonces a Paco le daba por las fiestas y la bohemia, la aventura le costo a Celedonio muy cerca de los trescientos mil pesos. Por cierto que este Francisco Castillo fue gran amigo del vate potosino Manuel José Othón, durante la residencia del poeta en Lerdo.

Tiempo después, de este fracaso comercial, Paco se compro un aparato de cine y anduvo por Mapini dando funciones. Luego se metió en aventuras teatrales y presento una compañía de enanos. Tiempo después se radico en Tampico, donde llevo a ser el propietario del primer circuito

cinematográfico, logrando reunir una cuantiosa fortuna.

Don Celedonio, como todos los españoles de entonces y de ahora, no escapo a la tentación de la agricultura, y si no en forma directa, en forma indirecta estuvo ligado a ella, pues se dedico a refaccionar a varios hacendados, aventura que lo llevo a liquidar su negocio comercial por el años de 1911.

En 1914, lo encontramos como contador de la Cía. de Tranvías, puesto que desempeño hasta su muerte.

Otra casa española de Gómez Palacio fue la de Garmendia la Hermanos. En ella prestaron sus servicios Ángel Jáuregui, socio actualmente de la firma High Life, de Torreón, ubicada en la avenida Hidalgo al lado de la Oficina de Correos, y Don Cipriano García Ahuja, propietario de la firma "Los Precios Bajos", de ciudad Lerdo. Aparte de estas actividades el señor García Ahuja dirige grupos de aficionados al teatro, por el cual siente gran pasión y para el que ha escrito varias obras, algunas de las cuales han merecido la representación por compañías de prestigio.

La Casa Garmendia Hermanos terminó incendiada en la revolución, y uno de los Garmendia: don Francisco, mucho tiempo después anduvo otra vez por esta ciudad, intentando alguna indemnización por los daños sufridos sin tener suerte en su petición.

Completamente desanimado de aquí se fue a Peñón Blanco, Dgo., donde se dedico a la compra venta de animales, perdiéndose allí su rastro.

El mejor Hotel que había entonces –principios del siglo- en la región fue el "Hotel Madrid", de grata recordación para todos los laguneros de la vieja guardia.

A este hotel acudían los agricultores cuando venían a la ciudad, y en el paraban todas las personalidades de importancia que por aquí pasaban. Por cierto que este hotel estuvo empleado en la cantina el prominente agricultor hispano don Abilio Hoyos.

Obvio es decir que si el confort del hotel era lo mejor que entonces se podía pedir, y la cocina inmejorable, tampoco la bodega les iba a la zaga, pues ella siempre estaba abastecida de los mejores caldos de ultramar, y en cuanto a la "jugada", pues por allí andaba, siempre había alguien que aceptara una "mano", por elevada que la apuesta fuera.

Propietario de este celebre "Hotel Madrid", ubicado en las hoy esquinas de Hidalgo y Francisco I. Madero, de Ciudad Lerdo, lo fue el asturiano Isidro Fernández.

La revolución acabo con el hotel y el pingüe negocio que representaba para su propietario; pero le dio a Fernández, durante el tiempo que lo disfruto, una bien saneadita fortuna que se retiro a disfrutar a la capital de la Republica, donde murió paralítico.

Don Joaquín Serrano uno de los fundadores

Allí en la esquina que forman las calles de la Calzada Colón y Avenida Matamoros de nuestra ciudad, se levanta un sencillo monumento: una columna sobre la que descansa un busto (obra que se debe al escultor Fernando Toriello) del que en vida fuera don Joaquín Serrano, lagunero (español de nacimiento) de los fundadores de nuestra ciudad, y al que ésta debe la iniciación de la mayor parte de las grandes fuentes de trabajo que han dado prestigio a la Laguna.

Hijo de don Benito Serrano y doña Venancia Martínez nació en Logroño, España, el año de 1856, salio de su patria a la edad de diez y nueve años, pasando los últimos de ellos dedicado al trabajo en varias fabricas de la península, lo que quizá motivo que, cuando fue un acaudalado agricultor, dedicara varios cientos de miles de pesos a la organización e iniciación de fabricas como las de "La Unión", de jabón, "La Fe", de Hilados y Tejidos, etc. A los diez y nueve años ingreso a las filas, a cumplir con el servicio militar que debía a su patria y a su rey, y fue mandado a Cuba, donde se libraba la primera guerra separatista de la hoy Republica de Cuba. Al terminar su servicio, don Joaquín, en vez de regresar a la península ibérica vino a México, radicándose en la capital de la República y

dedicándose al comercio. Esto fue en el año de 1880. Al año siguiente vino a la Laguna, a la edad de veinticinco años.

Al principio se dedico a trabajar como empleado en varias haciendas. Empeño, honradez y ahorro dieron como resultado que, el que fue empleado y administrador, quedase convertido en propietario.

Una vez encaminado por la senda de la fortuna, don Joaquín Serrano abrió, en el Perímetro de Santa Teresa, varios miles de hectáreas de tierra eriaza al cultivo, iniciando los negocios de San Salvador, Finisterre, La Pinta y Covadonga. Cuando el rancho de "El Torreón" fue erigido Villa, don Joaquín Serrano, que siempre sintió gran simpatía por el lugar, fijo en ella su residencia, y desde entonces solo hacia visitas periódicas a sus negocios agrícolas que tenia a cargo de administradores.

Junto con don Andrés Eppen, don Adolfo Aymes, y don Amador Cárdenas, formó parte de la primera Junta de Mejoras Materiales que se preocupo por el embellecimiento y progreso de la nueva Villa.

Una de las obras que él llevara a cabo, y que, apenas con ligeras modificaciones, todavía existe es el Hotel Iberia, de gran historial, por haber sido en días no muy lejanos todavía punto de alojamiento de las personas directamente conectadas con la Colonia Española.

En compañía de don José Farjas, dinámico e inteligente profesionista hispano, llevo a cabo obras muy importantes para el progreso de la Laguna, tales como el establecimiento de la Planta Eléctrica, la instalación de la Fabrica de Hilados y Tejidos de Algodón "La Fe", y la Fábrica de Aceite y Jabón "La Unión".

Posteriormente fue Comisario del primer Consejo de Administración de la Metalúrgica.

Tomo en arrendamiento a don Feliciano Cobián (y hubo una época en que entre este don Feliciano Cobián y el propio don Joaquín Serrano llegaron a refaccionar ellos solos a casi la totalidad de los agricultores hispanos establecidos en la Laguna) tierras eriazas de la Hacienda de "El Torreón", tierras que don Feliciano había comprado al coronel Carlos González, y abrió en ellas nuevos negocios agrícolas, que luego fueron las haciendas "La Joya", "La Perla" y "San Luis", para dotar de agua a las cuales abrió el canal "Torreón", conocido hoy por "Tajo de la Perla".

Antes de que se nos pase, queremos contar la siguiente anécdota, que nos da una idea clara de cómo eran los laguneros del Torreón primitivo. Tenían allá por los años de 1907 a 1908, don José Miguel Hurtado y don Joaquín Serrano una hacienda por Sabinas, Coah., llamada Santa María. La habían adquirido en sociedad en la cantidad de veinte mil pesos. Una noche, en la cantina del Hotel Iberia, platicando, uno de ellos dijo que sería bueno que uno de los dos se quedara como dueño y el otro propuso que la jugaran a la suerte a un águila o sol, lo que efectuaron inmediatamente, ganándola don José Miguel Hurtado, el que creemos vive todavía en Madrid, España, y al que, meses después de haberla ganado le ofrecía una compañía norteamericana un millón ochocientos mil pesos por ella. ¡Y de aquellos pesos!

Llego a poseer don Joaquín Serrano un capital que se calculo en seis millones de pesos, fabuloso para aquellas épocas en que, si bien los agricultores se enriquecían rápidamente, no era cosa común la que hoy ocurre de ver multimillonario a un hombre de la noche a la mañana gracias a causas no derivadas del trabajo lícito.

Disfrutar de la vida, no era, sin embargo, hombre de vicios, no obstante lo cual su cuenta de gastos personales ascendía anualmente a cien mil pesos, dando el como única explicación esta: "Hay que dar algo de lo que tenemos a los que nada tienen".

Dono a Torreón los terrenos de la Alameda, y mando a traer de Valle de Allende, Chih., los fresnos que se plantaron en ella.

Cuando en 1914, Villa decreto la expulsión de los españoles, al pasar por donde estaba don

Joaquín, se acercó y le dijo, que ya sabía quien era, y que si quería podía quedarse en el país sin ningún temor. Ofrecimiento que no aceptó el señor Serrano por no ser extensivo a su sobrino político y apoderado don Ponciano Clavel.

En las festividades cívicas, no obstante su nacionalidad, don Joaquín Serrano siempre tomaba parte con entusiasmo. Un quince de Septiembre precisamente el de 1893, cuando nuestra ciudad fue erigida Villa, don Joaquín era uno de los componentes del desfile patriótico. El fervor patriótico hacia lanzar al público vivas a la patria y a los héroes. El otro grito no tardo en dejarse oír: “¡Mueran los gachupines “I”, al que siguió otro aclaratorio: “¡Mueran los gachupines, pero don Joaquín Serrano, no!” , que fue coreado por toda la población.

Periódicamente hacia viajes a la Madre Patria, y en uno de ellos, quizá en los años de 1910 o 1911, época la de su mayor auge económico, ofreció, y se le fue aceptado, un banquete a su rey don Alfonso XIII.

La revolución no dejo de afectarle y, en 1918, de su opulencia solo quedaban vestigios, no obstante emprendió lo que hoy fuera su ultimo negocio: “Terrizas”, enclavado entre Gómez Palacio y Torreón.

Poco después se vio obligado a abandonar todo trabajo con motivo de un cáncer por el que los médicos que le atendían se vieron precisados a cortarle una pierna. En vista de que la enfermedad no cedía, sus sobrinos, don Ponciano Clavel y señora, decidieron trasladarle a una clínica de los Estados Unidos de Norteamérica, camino de la cual falleció un catorce de julio de mil novecientos veintiuno en la ciudad de El Paso, Texas.

Don Delfino Ríos, decía de don Joaquín Serrano en artículo escrito para “El Iniciador” por el año de mil novecientos, lo siguiente: “Como particular es un cumplido caballero; modesto y humilde; de carácter comunicativo y afable de sentimientos tan benévolos y de corazón tan magnánimo, que no hay paisano, hasta la fecha, que haya recurrido a él, en solicitud de servicio, que no se le haya concedido con un desprendimiento digno de la mejor alabanza. Todos los españoles, que son numerosísimos los que habitan en esta extensa planicie (La Laguna) dedicados a la agricultura y el comercio lo estiman, lo respetan y en su mayoría, lo consultan en sus negocios porque a su magnificencia reúne talento y “una perspicacia poco común”.

Canto a los Españoles de La Laguna Por Pedro Garfias

*Hombres de la Laguna duros como la tierra
Españoles de España, de Asturias, de León;
Vascos de ojos azules, montañeses de acero,
Españoles hermanos dejad que os diga adiós.
Con vosotros estuve y de vosotros llevo
algo mas que un recuerdo; una fuerte emoción.*

*Hombres de la Laguna desde años encorvados
bajo el látigo fiero e implacable del sol,
peleando a la tierra sus entrañas recónditas
-no hay lluvia tan fecunda como la del sudor-
haciendo patria, historia, leyenda y aventura,
México con España dentro del corazón.*

*Permitid la palabra de un amigo de ahora,
de un amigo de siempre, de un poeta Español
que lleva a España dentro de la frente y la sangre
como un gran disco rojo de llanto y de pasión.*

*Por España fecunda, por México fraterno,
por el amor de todos los que sienten amor,*

*por la paz de los hombres, por el trabajo honrado,
por la ciencia gloriosa y el arte redentor
hombres de la Laguna, Españoles de España,
de Santander, de Euzcadi, de Asturias, de León,
adelante en la dura jornada de la vida...
¡y que en vuestra jornada os acompañe Dios!*

Las Obras de Don José Cueto y Manuel Hoyos

Todo hombre de edad se aferra a decir que todo tiempo pasado fue mejor. Los viejos laguneros no son la excepción de la regla. Así, de uno de ellos, Manuel Hoyos, recogimos la misma sentencia: ¡Que tiempos! ¡Aquellos eran otros tiempos; se trabajaba más, pero, todo el mundo comía en abundancia, y bebía!

Llego a la Laguna a la edad de trece años. Tiempo después estaba trabajando independientemente en un tendejón, en “El Perú”. La tienda era la única casa en una vasta extensión de terreno, pero hasta ella venían de los ranchos vecinos a hacer comercio, y muchas veces le sorprendió la media noche atendiendo a los parroquianos.

En esa clase de tiendas se vendía de todo, lo mismo maíz, que velas o zotol. Y, nos dice nuestro hombre, no obstante aquella soledad en que me encontraba, jamás fui objeto de atropellos, porque aquella gente tendría poco dinero, si se compara con el mucho que hoy tienen, pero les bastaba para cubrir sus necesidades, cosa que hoy no ocurre.

Tiempo después de establecido “rayaba” algunas de las haciendas de los Torres, por cuyas cantidades recibía una carta de crédito que realizaba después en la Casa Hernández.

A instancias de este señor Torres –padre de don Pedro, actual gerente del Banco Algodonero Refaccionario, S.A.- dejó el tendajón de “El Perú” y se estableció en el rancho “Jiménez”, ya con una tienda de categoría, de categoría, naturalmente, para aquel entonces y en aquellos terrenos.

En creencia general que el dinero se hacía entonces fácilmente; sin embargo no siempre fue así. Por lo general había que trabajar mucho, desde luego mucho más que en la actualidad. Por ejemplo, una tienda como la que nos ocupa empezaba a despachar al salir el sol, y estaba abierta, hasta bien entrada la noche. Añádase a esto que su miscelánea era tan general que, por ejemplo, los domingos se convertía en carnicería, a la que se iban a abastecer de carne para toda la semana de los poblados vecinos. Ese día llegaban a sacrificarse hasta cien cabezas de ganado menor, cuyo sacrificio y despacho ya representaba una buena labor.

Pero, no podía escapar el señor Hoyos al gusanillo de la agricultura, y, así, liquidando su tienda, y reuniendo la utilidad en ella lograda se inició en la agricultura en la finca agrícola “Eureka”.

Luego estuvo simultáneamente, Arcinas, Glorieta y Jiménez, que trabajó junto con sus hermanos Vicente y José. Por cierto que Vicente Hoyos debe el seguir viviendo a su buen par de piernas, pues en cierta ocasión estando en “Eureka” le cogieron en compañía de otros ocho o nueve compañeros las fuerzas villistas, llevándoselos para fusilarlos en el “Palomar”. Pero, al ir cruzando uno de los tajos este Vicente Hoyos puso pies en polvorosa confiando a su ligereza la vida.

Era costumbre generalizada por aquel entonces convertir a los campesinos que lo deseaban en “medieros” dándoles algunos surcos de tierra para que los cultivaran, refaccionándolos. Al levantar la cosecha, se hacían cuentas logrando siempre el labriego alguna utilidad, de cuantía para aquellos tiempos de moneda sana.

Una de las figuras más conocidas y simpáticas de la comarca lo fue sin duda alguna don José Cueto. Llego a la comarca colocándose en la Casa Dugay, de la que se retiró para trabajar en la tienda importante de don Rodrigo Bustamante, que luego fue su suegro.

Sobre don José –que de los agricultores españoles de los últimos tiempos realiza más

completamente que ningún otro el tipo de "lagunero"- se cuenta mil cosas. Se dice que, en su época de oro, cuando llego a tener en disfrute hasta catorce haciendas algodoneras, escribía telegramas a su pueblo, pidiendo le mandaran remesas de "español chico" que luego el sabia convertir e grandes señores del dinero.

Se cuenta también que en cierta ocasión en una partida de naipes gano al celebre Checho Campos vasta extensión de terreno, animales y aperos propiedad del revolucionario. En fin, se han, contado a su recuerdo mil leyendas, que atestiguan la personalidad fuerte que le caracterizo siempre.

Fue un hombre que siempre tuvo confianza en si mismo. Pocos días antes de morir invito a un paisano, comerciante, a visitar el rancho que administraba y en el cual había sembrado algunos nogales. Sobre ellos precisamente hablaron, diciendo don José Cueto: "Vera usted, vera usted que bonitos se van a poner; dentro de cinco años lo vuelvo a invitar, para que vengamos a disfrutar de su sombra".

Aventura con el Gral. Francisco Villa

Uno de los residentes españoles más antiguos en la comarca es don Tiburcio Jáuregui, radicado en la actualidad en Ciudad Lerdo, Dgo.

Llego al Vergel Lagunero allá por el mes de noviembre del año de 1888. Era entonces Jefe Político de Lerdo el señor Coronel don Rafael del Castillo.

Por aquella época –antes de que se alzara orgulloso el famoso Hotel Madrid- no existía en la ciudad vecina sino un humilde hotelito sin nombre, anexo al cual había unos baños, siendo el propietario de ambos negocios un español llamado por todos don José. Este hotelito estaba enclavado precisamente en la esquina formada por las calles hoy de Allende y Francisco Sarabia. En el se hospedo el señor Jáuregui al llegar a la comarca, pasando desde luego a trabajar con don Santiago Lavín en su finca "Manila", histórica porque en ella se llevo a efecto la huelga precursora del reparto agrario en la Laguna.

Tenia por entonces el señor Lavín las fincas San Ignacio, San Ramón, Noé (que era su negocio principal, y en el cual tenia fijada su residencia), Numancia, Aedo, Poanas, Filadelfia, El Vergel, Competencia, la citada Manila, Palo Blanco, San Antonio, San Pedro y Las Playas.

De las citadas fincas tenia arrendadas a compatriotas suyos San Ignacio a don Pedro Camino Ruiz (esta finca, años después, la tomo en arrendamiento el señor Jáuregui, de 1897 a 1903); San Ramón a don Gerardo Orúe, de cuyos hijos Luis esta en la actualidad el frente del establecimiento comercial "Paris Madrid" y Consuelo O. Vda. de Vázquez es propietaria en compañía de su madre también de un establecimiento comercial de esta ciudad; y Filadelfia a don Rufino Lavín.

Y, a propósito de don Rufino Lavín, por entonces andaba en su apogeo el corrido de Pioquinto González "De Lerdo a Torreón" (y no "De Torreón a Lerdo", como hoy se ha dado en llamarle), corrido que era muy del agrado del mencionado don Rufino, que cuando viajaba en el tranvía gustaba de subir a el grupos de músicos para que le fueran tocando por el camino el dichoso corrido, y así, cuando el tranvía iba entrando a Lerdo y se oían las notas conocidas, inmediatamente la gente sabia y decía: "Ahí viene don Rufino".

Otros de los arrendatarios hispanos de las haciendas de don Santiago Lavín fueron: Juan Salcedo, que tenia rentado "Filadelfia". Por cierto que este don Juan Salcedo fue el que gano la concesión para traer los primeros tranvías eléctricos a la región, en la que hasta entonces solo eran conocidos los clásicos tranvías de mulitas. Tiempo después traspaso su concesión a los propietarios de estos tranvías de tracción animal.

"Palo Blanco" lo tenia rentado don Francisco Ruiz; "San Antonio", don Antonio Ruiz Lavín y "Las Playas", Federico Crespo.

En una de las últimas entradas que Villa hizo a Torreón, allá por los días 17 o 18 de diciembre del año 1917, mando a aprehender, con el Coronel Carlos García Gutiérrez, a don Tiburcio Jáuregui, a don José Varela, a don Antonio García Robledo, y a los hermanos Alva, Agustín, y Luis, mexicanos los tres últimos, todos los cuales fueron presentados al guerrillero en su cuartel general, que lo era el hasta hoy "Hotel Francia", de esta ciudad.

Cuando los aprehendidos llegaron ante el guerrillero este se estaba "boleando", y frente a él tenía el macabro espectáculo del cuerpo del general Luis Herrera, que habían ahorcado esa misma mañana, bamboleándose de un poste. Un fotógrafo se acercó a tomar una foto del ahorcado general y, cuando Villa lo vio mando que le trajeran a su presencia, ordenando que le dieran veinticinco cintarazos, de los cuales el pobre fotógrafo solo pudo soportar catorce, cayendo desvanecido.

Después de esto, dijo a los cinco prisioneros que necesitaba le entregasen cada uno de ellos tres mil quinientos pesos o, en su defecto, serían pasados por las armas, a menos que prefirieran sumarse a sus fuerzas. Naturalmente, prometieron reunirle la cantidad pedida, y solo pidieron que uno de ellos pudiera salir a conseguir el dinero. El elegido para esta comisión fue el español José Varela, quedando los otros en calidad de rehenes prisioneros en el "Hotel Francia".

Como durante el resto del día o de la noche Varela no apareciera con el dinero, a la mañana siguiente Villa se presentó muy amable a saludar a los prisioneros, diciéndoles:

-Oigan muchachos, el dinero no aparece y el machete está listo".

Afortunadamente todo acabó bien, Don Tiburcio Jáuregui, don José Varela y uno de los Agustín, pagaron en efectivo su libertad. Un hijo de don Luis Aisve, pago el rescate de su padre sumándose a las fuerzas del general Alejandro Ceniceros, que entonces se encontraba en Lerdo y (el detalle chusco no falta en las cosas trágicas) el único que salió ganando en todo este enredo fue don Antonio García Robledo, quien dijo que pagaría su rescate uniéndose a las fuerzas de Villa, bajo las órdenes del citado general Alejandro Ceniceros, que en el preciso momento de estos arreglos se encontraba en lo alto del hotel. Subió, pues don Antonio a verlo y, momentos después bajo armado de un buen rifle y pertrechado con dos cananas cargadas de parque. Ese mismo día entraban las fuerzas del sur y Villa tuvo que huir, salvándose don Antonio de seguirle para pagar su deuda de vida, realizando así la ganancia del rifle y el parque que le habían proporcionado.

Francisco Villa, en su huida, alcanzó a llevarse veintitrés carros de algodón que los agricultores de la región tenían en las Bodegas del Banco Nacional, las que en aquel entonces administraba don Salvador Arcaute, fallecido, padre del destacado atleta comarcano Fernando, del mismo apellido. De estos carros, dos pertenecían a don Tiburcio Jáuregui. Él y otros recogieron toda la documentación correspondiente a estos veintitrés carros y enviaron por Piedras Negras a un comisionado que en El Paso, Texas, pudo lograr rescatar diez y seis de aquellos carros de algodón.

Después de esto don Tiburcio Jáuregui fue a trabajar a Tlahualilo, en donde le tocó recibir el primer adobe con que fueron construidas las primeras casas de Zaragoza, que recibió este nombre porque don José Forjas, ingeniero encargado de aquellas construcciones era oriundo de Zaragoza, España.

Los comerciantes y agricultores

Quien ha vivido una larga temporada en nuestra ciudad habrá podido darse cuenta de un fenómeno que se repite frecuentemente: el español que ha residido en la Laguna por varios años, y un buen día se despide de sus amigos para volverse a su tierra, casi siempre regresa a nosotros.

Este fenómeno no se opera, por ejemplo, con el español que reside en la capital. Aquel el día que lía sus maletas, por lo regular se va definitivamente.

Y es que en la Laguna se ha desarrollado una manera de ser mezcla de lo hispano y de lo mexicano, una manera de ser auténtica, genuinamente lagunera. Tiende a desaparecer, es verdad,

pero hasta ahora ha podido conservarse.

Y, cosa rara, aunque en su mayoría el español, avecindado entre nosotros es originario del norte de España, esta manera de ser lagunero tiene mayor afinidad con la del hombre del sur de la península Ibérica.

A esta manera de ser debe la Laguna mucha de su fama, como Monterrey la debe precisamente por ser la antitesis; y esto nada tiene que ver, con la leyenda de tacañería que ya no sigue, precede a los regiomontanos sino con el método o sistema para administrarse que siguen los de Monterrey, y la carencia absoluta de ellos que distinguen al lagunero.

Como decíamos, esta manera de ser nacida de una situación privilegiada, tiende a desaparecer hoy que los grandes latifundios han sido convertidos en pequeñas propiedades y los bancos restringen sus refacciones agrícolas.

Al regiomontano le ha preocupado vivir bien; al lagunero le preocupó siempre vivir en grande, aunque ello entrañara el peligro de ser juguete del azar. Es fatalista, pero, a la vez, tan orgulloso, que reta el destino.

Así son los españoles que conviven con nosotros desde principios del siglo. Hombres trabajadores cuyo máximo defecto sea quizá el de creer que el trabajo material lo logra todo, y no se han rendido sumisos al cálculo matemático ni a la estadística, y siguen confiando ciegamente solo en sus cuerpos y en la buena tierra y en la lluvia a tiempo. Hombres como ellos forjaron la riqueza de nuestro terruño.

Quizás en esta misma edición salgan algunas fotos de rancheros de años idos. Podrán verse en ellas grupos de agricultores españoles y mexicanos, todos ellos con el pantalón ajustado del charro y el sombrero de alas anchas. Y estamos seguros que después de tomada aquella placa todos habrán bromeado y jurado en todos los tonos, en esa forma de hablar por la que los del sur nos descubren el origen.

Había, y creemos que ahora radica en Rancho Nuevo, un español simpatiquísimo, don Santos Lloca, tanto que de todos se hacía dispensar su costumbre de echar cuatro malas razones por cada buena razón que enunciaba, sin importarle un comino que hubiera damas enfrente.

Los primeros recuerdos que guardamos de los ranchos laguneros se radican en Arcinas, Durango. Eran, nos parece el año 23. Los brotes "bolcheviques" estaban en su apogeo. Un tal Melchor era por allá y entonces el más entusiasmado con una bandera roja del tamaño de una sábana. La muchedumbre se agolpaba iracunda frente a la puerta de la casa grande. Dentro todo era miedo. De pronto un hombre de baja estatura abre la puerta y se dirige hacia el grupo de labriegos, que empiezan a gritar todos a una. Nuestro hombre grita una sola vez; todos callan. Minutos después todo se había arreglado.

Otra vez este mismo hombrecito iba en el "Ford" – de aquellos "Ford" de pedales – camino a su rancho, acompañado de su esposa y un pequeño sobrino. Un tronco atravesado en el camino hizo detener el auto. Por entre los matorrales del camino salió un campesino con las manos cruzadas atrás. El sol, que le daba en la espalda, hacía brillar un machete, mientras que en sus ojos se leían las peores intenciones. Pero, otra vez, aquella voz enérgica cambió los papeles: "¡Quite de ahí ese tronco!" Y, cuando aquel campesino se dio cuenta de que no era eso lo que se había propuesto hacer esa tarde, el "Ford" iba ya lejos. ¿Y cuantas veces vimos a uno de aquellos agricultores hispanos recorrer de madrugada sus tierras, en pleno invierno, encontrarse de pronto a sus trabajadores indecisos a entrar, a causa del frío, a los aniegos, bajarse del caballo, arremangarse el pantalón, quitarse el calzado, tomar un azadón, quebrar el hielo, y entrar el primero al agua helada e iniciar el trabajo? Así era el agricultor hispano que nosotros conocimos.

Pero no todos los españoles que han venido a la Laguna se han dedicado a la agricultura. Cuando en Torreón se acometía todo sin sistema, confiando el éxito al azar, con la seguridad de que este sería favorable porque Torreón vivía su época de oro, cuentan que llegó un hombre rubio de

elevada estatura, con el deseo de instalar un comercio de telas en nuestra ciudad. Pero contra la costumbre general, no se dio prisa en rentar un local cualquiera y abrir inmediatamente su despacho al público.

Dicen, quienes desde entonces le conocieron, que perdió varios días apostado hoy en una esquina, mañana en otra, papel y lápiz en la mano, y así durante una temporada, llenando de rayas el papel.

Como resultado de esta conducta misteriosa un buen día se le vio abrir su comercio en la esquina que hoy forman las calles de Rodríguez y Juárez, precisamente contra esquina del Banco Industrial y Agrícola. S.A.

Nuestro hombre durante aquellos días misteriosos se había dedicado pacientemente contar la gente que pasaba a diario por diversas calles comerciales de la ciudad, y el establecimiento que entonces abriera en la esquina más transitada de la población originó lo que hoy es todavía el mejor comercio español en telas: "Las Fabricas de México". Su iniciador don Luis Espejo Delgado.

Español, también, también dedicado al negocio de telas en nuestra ciudad, y hombre recto y singular en todos los aspectos fue don Leonardo Terrador Jiménez, quien hasta su muerte estuvo al frente del establecimiento comercial "Los Precios de México".

Diciendo tener grandes deseos de conocerlos llegó cierto día frente a Herrador otro comerciante hispano radicado en el norte. Tenía este hombre el grave defecto de querer, tasarlo en efectivo todo, hasta la valía de un hombre como tal. Así, pues, llegó, se presentó y, sin más ni más, se metió de rondón y anduvo inspeccionando todo el establecimiento. Herrador sin moverse del escritorio, lo dejó hacer. Cuando acabo aquel hombre su inspección, volvió y dijo: "Oiga, tiene usted un buen establecimiento, ¿Qué capital representa?" A lo que contesto calmadamente don Leonardo: "El suficiente para no pedirle nada a ... nadie". Excusado es decir que aquel hombre hizo mutis más que de prisa.

Los radicados en Nuestra Región en 1900

Españoles que estaban radicados en esta comarca lagunera por los años de 1888 a 1900.

EN VILLA LERDO, DGO. Ángel Hernández, Víctor Ruiz, Daniel Ruiz, Celedonio Castillo, Francisco Castillo, Estanislao Vega, Enrique Vega, Perfecto López, José Varela, Feliciano Cobán, Laureano Arruza, Gonzalo Carriles, José Gutiérrez, José Saracho, Ulpiano Ruiz.

EN MAPIMI, DGO. – Sixto Mestres, Aquilino Rama.

EN EL PERIMETRO LAVIN, DGO. – Hacienda "Noe": Santiago Lavín, Ignacio Irigoyen, Tiburcio Jáuregui, José Echegaray, Manuel Escudero, Miguel Barquin, Mariano Raygosa; Hacienda "San Ignacio": Pedro Camino Ruiz, , Alberto Camino; "Hacienda San Ramón": Gerardo Orúe, Bernabé Orúe; Hacienda "Cofiño": Antonio Cofiño; Hacienda "Numancia": Jacobo Sagardoy, Manuel Gutiérrez, Policarpo Madrazo, Paulino Madrazo; Hacienda "La Plata": Joaquín Rivas, Francisco Aprair, Ángel González; Hacienda "Dolores": Francisco Santurtain, Rufino Davin, Bernabé Aprair; Hacienda "Santander": José Garzón, Julio Ruiz; Hacienda "El Vergel" Juan Salcedo, Juan Vallado, Virgilio....cia; Hacienda "Manila": Guillermo Oeste, Alfredo Martínez; Hacienda "Palo Blanco": Francisco Ruiz, Pascual Necoche, Federico Crespo; Hacienda "San Antonio: Antonio Ruiz.

EN EL PERIMETRO DE LOMA, DGO. – Hacienda "Refugio": José Garde, Graciano Garde, Andrés Garde, Veremundo Garde; Hacienda "San Carlos": Antonio Garchitorena, Julian Iturralde; Hacienda "La Loma": Antonio Arriaga; Hacienda "San Jacinto", Valentín Bustamante, Agustín Victorero.

EN EL PERIMETRO DE SANTA TERESA Y LEQUEITIO, DGO. –Hacienda "Santa Teresa" Rafael Arocena, Lázaro Larregui, José Miguel Hurtado, Cayetano Arozarena; Hacienda "Lequeitio": Leandro Urrutia, José María Urrutia, Joaquín Serrano, José Arrevillaga, Baldomero Esquerra.

EN EL PERIMETRO DE TLAHUALILO, DGO. – Hacienda “Tlahualilo”: Ingeniero José Forjas, Andrés Sierra, Jacinto Solares, Silvestre Faya, Aniceto García, Eustaquio Campomanes, que después fuera el primer Presidente de la Cámara de Comercio, José Bierna Zorilla, Alejo del Cueto, Gregorio Cavauron.

EN EL PERIMETRO DEL COYOTE, DGO. – Hacienda “Coyote”: José González Braña, Teodoro Sobrino y Eduardo Sobrino.